

# Canción de Reyes

J. Dylan Smith



# Capítulo 1

## ***Fragmento del Libro Sagrado.***

Al principio todo era un profundo caos.

Nuestro único Dios forjó la vida de las cenizas del mundo antiguo, y al hombre se le concedió una nueva oportunidad para ser líder entre las especies. Pero su maldad es tan pura como los abismos eternos.

Lirios, Tierra de oro y tesoros infinitos. En ella, los ríos de riquezas surgen como granos de arena.

Nuestro único Dios cumplió su promesa: Nos guió por los peligros del Océano Rojo hasta desembarcar en la cuna de la vida, donde nos esperaban tierras tan prosperas como el cielo.

Por orden de Dios una nación fue creada, y solo el Valtar resguardará sus sagrados caminos. De él dependerá la paz y la armonía.

Ningún hombre debe negar el poder sagrado, porque sobre él caerá el castigo más cruel y despiadado.

Esta es mi palabra

Esta es la palabra sagrada

Que reluce sobre las cinco regiones de Lirios: Hosor, Thepim, Ryr, Salim y Phela.

Mi vida Pertenece a la lealtad

Los cielos son testigos de mi juramento.

Valtar Jhoris I. Legítimo protector de la tierra sagrada.

## Capítulo 2

**Capítulo I:**

**La Torre de León**

## Capítulo 3

### **CANTO DE LOS GUARDA JURAMENTOS: I**

El barco parecía sucumbir ante las olas que crecían como montañas, el agua de sangre que se precipitaba en remolino y la brisa rebelde que lo estremecía todo. El navío, como una estrella reluciente de oro en un universo que expandía la muerte, domaba las aguas turbulentas que ansiaban desaparecerlo en sus profundidades condenadas al olvido.

Pero por más que el océano se esforzaba por borrar de la faz de la tierra a la bestia de hierro forjado y chimeneas humeantes de vapor que vacilaba en sus territorios, no podía derrocar la trémula voluntad y el coraje inquebrantable de los tripulantes que mantenían viva la embarcación. Manos hinchadas, arrugadas y sanguinolentas conservaban intacta el alma del barco a pesar de la macabra sensación con la que se hacían presentes los nervios.

La llamada del desespero hacia posible que de vez en cuando algunos se lanzaran al piso mojado y tambaleante solo para echarse a llorar, y que otros, abatidos por la desesperanza, se entregaran a la furia de las aguas para conseguir una muerte rápida y sin angustia. Sin embargo la única que parecía absuelta del terror de la tumba era Eda, que desde la proa no dejó de retirar los ojos de la luz del faro que se divisaba contra el cielo escarlata y el océano negro que se encabritaba desde lo profundo. Ahí, frente al peligro, aquel brillo amarillo no era más que una estrella sofocada por la fuerza del viento y la tormenta.

Parada ante la adversidad que lo revolvía todo, parecía intranquila no por el entorno que la rodeaba sino por el brillo fatigado en la distancia. Decidió tomar el binocular que colgaba de su cintura y mirar a través de él: su visión recorrió la lejanía sin rastro alguno de un estigma borroso. Vio la luz que ya no parecía tan alejada y la altísima torre opaca en medio del océano de la cual se desprendía. Miró también los canales de piedra que cercaban el océano como murallas y que crecían sobre el agua agitada como colmillos, y aquello la hizo arrugar los labios como una piraña. De algo parecía segura: el peligro era inevitable.

Sintió que alguien se acercó a ella, pero no se distrajo, sino que permitió que sus pupilas siguieran pegadas al lente del binocular; allá en la torre de roca negra, una escalera de caracol daba hasta la punta. Ella sonrió cuando miró siluetas varoniles bajando los escalones en espiral de la torre que se erguía a lo lejos de su cuerpo pero cerca de su visión. Sin embargo ninguno de aquellos diminutos hombres a los ojos del lente logró causar el escalofrío que originó lo que vio en la cumbre de la torre, muy por encima del brillo chispeante; allí donde todo parecía cálido detrás de una ventana arqueada, una sombra negra posicionaba sus manos en la cara, justo

donde habitan los ojos. Y ella notó que aquella persona también usaba binoculares y aun peor... que la estaba mirando.

—¡Este maldito frío acabará matándome! —Escucho decir a alguien, de pronto.

No le fue difícil reconocer la voz de morsa ronca de su esposo. Se quitó los binoculares y los volvió a situar en su cintura. Se atrevió a acercarse más a la proa hasta aferrarse de una baranda. Su esposo, gordo y de ropa maltrecha, y calvo hasta las narices, se tambaleaba tras los inescrupulosos movimientos de la embarcación. Le costaba mucho estar de pie, así que no dudó en sujetarse junto a su esposa. En realidad lo único rescatable de la extravagante figura de su marido era la marca en forma de K que agrietaba profunda su frente.

—Créeme Mustafa, —Espetó ella—, primero te mata lo que nos espera en la punta de esa torre. —Señaló con el rostro hacia la luz que relampagueaba desde la torre lejana.

—Dentro de poco esos desgraciados desearán no haber interpuesto su culo en medio del océano —El gordo apretó sus mandíbulas.

—No cantaré victoria hasta pasar a salvo la barrera de los Rastreros. —Eda parecía insegura—. Debemos estar prevenidos.

—Hemos esperado esto por mucho tiempo Eda. —Mustafa puso su obesa mano sobre el hombro izquierdo de su esposa—. Hoy el leoncito amanerado sucumbirá junto a su maldita torre y su cuerda de desquiciados.

—León no es un hombre fácil de engañar, —le dijo Eda, insegura—, y dudo que se trague el cuento del enamorado.

—¿Llamas a ese engendro hombre? —Mustafa carcajeó— Tú pareces más hombre de lo que él alguna vez fue. Y quédate tranquila, porque el hombre que infiltré en sus filas es capaz de vacilar hasta las moscas.

—Espero que sí.

—¡Tanta tensión y yo sin tomar cerveza! —Mustafa se enfureció de repente— ¿Dónde está el estúpido Grillo? hace rato que le ordené a traerme un jarrón bien lleno ¡Le cortaré el lindo cuello que tiene si no viene...!

—Beberás después que pasemos la barrera. —Interrumpió Eda, adusta.

—¡Debes estar bromeando mujer! —Mustafa se enojó— ¡No podré

mantenerme cuerdo hasta al menos saborear un trago!

—Entonces le ordenaré a tus hombres que te golpeen de vez en cuando para agudizar tus sentidos.

—¡Demonios Eda! ¿iEs así como le demuestras amor a tu hermoso esposo!? —El gordo enseñó una sonrisa repleta de dientes curtidos.

—Ya te lo dije. —Insistió Eda—. Si quieres mantenerte activo, el dolor servirá.

—¿Y tú cómo estás tan convencida?

—Porque el dolor solo te deja cerrar los ojos cuando pisas las sombras de la muerte.

De pronto apareció ante ellos un joven delgado que luchaba para que el viento no lo hiciera volar como una hoja. Llevaba una pistola de bengala colgada en su cintura. Mustafa lo ayudó, siempre mirándole las manos arrugadas y temblorosas mientras el agua aun salpicaba fuerte contra la proa, fría y roja como la sangre.

—¿iDónde está mi cerveza Grillo!? —Le preguntó Mustafa, molesto.

—Mi-mi-mis dis-dis-culpas señor. —Respondió grillo haciendo un esfuerzo para evitar el terremoto en sus labios. El frío lo tullía de tal manera que parecía un pedazo de tabla vieja—. Pe-pe-ro ocurrió algo.

—¿De qué se trata? —Inquirió Eda.

—Es él se-se-ñora... despertó.

Eda y Mustafa se miraron fijamente por un segundo. Al gordo pareció gustarle la noticia, pero Eda siguió sin cambiar el semblante árido que secaba su rostro.

—iSabía que iba a despertar! —Mustafa carcajeó y le dio una palmada tan fuerte a la espalda de Grillo que por poco lo destierra al océano a casarse con la muerte—. Iré al camarote. —El gordo comenzó a mover los bollos que tenía por pies—. Nuestro nuevo amigo merece una bienvenida.

—Tú no irás. —Eda se adelantó hasta impedirle el paso a su esposo —. Comandas mejor a tus hombres que yo, y además faltan pocos nudos para arribar a la barrera.

El agua roja de la tormenta, igual de dulce que los limones, seguía acorralándolos. Y el viento soplaba fuerte mientras las olas sacudían la embarcación, que en tal escenario parecía una autentica cuna arrastrada

por la descomunal fuerza de las ballenas. Mustafa se aferró rápido para evitar una caída segura. Su mujer por otro lado, permaneció firme ante la desorbitada danza del barco. A Grillo todo lo hacía sacudirse, pero el temblor en sus manos no respondía al frío, sino a los indescifrables códigos del pensamiento y la conciencia.

—Debí casarme con aquella sirena que se me apareció en alta mar cuando aún era un joven prodigioso. —Mustafa Carcajeó, y sus alborotadas risas ensordecieron a los calamares.

—Eras un borracho tonto que veía sirenas donde en realidad habían tiburones. —Eda arrugó la frente—. Agradécele a Dios por permitir meterme en tu vida y salvarla en más de una ocasión.

—Sigues sin dejar de ser dura conmigo, amorcito. —El gordo hizo que Eda vomitara una sonrisa—. ¡Ya anda! —Caminó a popa tambaleándose como los borrachos mientras les decía a sus hombres—: ¡Muevan sus traseros idiotas! ¡La muerte planea danzar sobre nuestros cadáveres! ¡Arruinémosle su maldito baile!

La intranquila tripulación de hombres que mantenían el vapor en las calderas redobló el esfuerzo tras la orden de Mustafa. Eda avanzó al camarote apretando las canillas con la suficiente resistencia para doblegar al desequilibrio. Grillo la siguió, pero sin la misma fuerza que la mantenía de pie. El flacuchento bamboleaba las piernas de lombriz que parecían carnada del enorme pez que zarandeaba el barco. Resopló con alivio cuando arribó a popa y sacó las llaves de su bolsillo maltrecho, y entre sacudidas abrió la cerradura que permitió abrir la puerta que guiaba al camarote.

El viento fue el primero en pasar al camarote acompañado del ácido sabor del agua sangrienta: pasaron por los ocho escalones que llevaban al interior en penumbra, y azotaron la manta de un grupo de niños amontonados al pie de la escalera que intentaban cubrirse de los arañazos del frío. Eda ató su cabello con un collar de brillantes piedras azules y se regresó hacia Grillo, que permanecía temblando y frotando sus manos.

—Regresa con Mustafa y vuelve cuando falte poco para arribar a la barrera. —Grillo asintió, pero no respondió a la orden, solo se quedó mirando a Eda, entristecido. Ella lo hizo volver en sí—. ¿Esperas que te de un beso de despedida? ¡Muévete!

Grillo atendió la orden entre movimientos de camarón. Eda cerró la puerta y entró al camarote, y la tranquilidad se alzó sobre ella como las anguilas. Bajó los escalones apresurando sus pasos y se encontró con los niños cubiertos por la manta que ya no intentaba zafarse de ellos. Se acercó y se agachó para mirarlos mejor. Ellos parecían estar muertos en vida. Tenían las mejillas pálidas y estiradas, y tan delgadas que hacían resaltar

sus huesos faciales y, además, la sigla numérica marcada en sus batas descoloridas.

Ella les habló en lengua indescifrable y ellos respondieron señalando con sus ojos de plato y sus dedos huesudos. Siguió la dirección que ellos intentaban mostrarle, y entonces lo vio, sentado sobre una cama de paja, mirando una tira que tenía entre los dedos. Llevaba vendada la cabeza y vestía ropas tan anchas que era un alambre dentro de ellas. Eda asintió a los niños y le dio vida a sus pasos. Caminó entre más camas y niños, todos con miradas igual de alegres que los sepelios. Y cuando estuvo delante de él alzó un poco la sonrisa, y éste subió lentamente la frente hasta que su rostro pálido y el iris plomo de sus ojos se encontraron con la mirada café y la media sonrisa de ella.

—Pensé que nunca despertarías, Sinapellidos. —Habló Eda, y su voz era como el viento en invierno—. Pero la vida es impredecible... ¿verdad? Al menos nos ahorraste el trabajo de lanzarte a los tiburones.

—¿Tiburones? —Se agitó él—. ¿Dónde estoy? —Unos temblores le estremecieron el ánimo.

—Es normal que te alteres. Si yo me despertara en un lugar deprimente como éste, estaría igual de abobada que tú. —Eda se sentó a su lado cuidadosamente—. Viajas en el Camarote del Dorado, el navío más solemne del mundo. Y antes de que vuelvas a preguntar: nos dirigimos a Lirios, la tierra de la libertad. —Salpicó la frase con un tono Burlón.

—Lirios. —Susurró él.

—Así es. Considérate afortunado. La mayor parte de los que viajan a Lirios desde Holdran deben contar con suficiente oro, además de suerte. Cruzar el desierto rojo hasta las costas de Acropp para tomar un barco es más jodido que cantar bajo el agua. Siempre me pregunté cómo es que niños tan pequeños logran cruzarlo, pero ahora —lo miró con conmisericordia—, me pregunto cómo demonios fue que tú lo cruzaste.

—¿Cómo llegué aquí? —Él soltó la tira que tenía entre sus dedos y llevó las manos a su cabeza.

—Deberías preguntar cómo fue que mi marido te subió al Dorado —Eda sonrió—. No tiene fama de buen capitán, más sin embargo... —subió la mirada, y el collar de piedras azules con el que amarraba su cabello resplandeció—. Cuando te encontramos inconsciente en las costas de Acropp, tendido en la arena, fui la primera en decirle a mi esposo que te dejara ahí, pues no tenías esperanza alguna de sobrevivir. —Entrecruzó los dedos—. Estabas deshidratado, y tenías una herida en la cabeza que no paraba de sangrar. Pero lo más raro de todo fue que tenías los ojos bien abiertos y mirabas a la nada, como un auténtico cadáver, aunque tu

pecho aún se agitaba. Nunca había visto algo semejante. Pensé que podía deberse a alguna plaga mortal, y le advertí a mi marido sobre lo que ocurriría si te subíamos. Pero él siguió insistiendo y... ¿Quién puede oponerse a sus decisiones? De modo que acepté y traté tus heridas. Tuve que vendar tus ojos, porque por alguna razón nunca los lograbas cerrar. Las ropas que llevas encima son de mi marido; tendrás que acostumbrarte a usarlas hasta que te confeccione unas nuevas.

Un fuerte temblor estremeció al camarote. Los niños se abrazaron entre ellos y susurraron plegarias indescifrables. Él por otro lado, permaneció pasmado. Sus ojos orbitaban desorientados, como perdidos en la estancia, buscando algo que nunca encontrarían.

—No te alteres. —Le sugirió ella— Pasa todo el tiempo. La marea de los Océanos Rojos siempre intenta sepultarnos bajo sus aguas malditas.

—Volvió a esbozar una media sonrisa—. Menos mal que no despertaste durante los primeros días en los que empezamos a navegar. ¡Esto era un desastre! Te adaptas rápido, Sinapellidos.

—¿Sinapellidos?

—Ese nombre se le ocurrió a mi esposo. —Habló en una lengua indescifrable, y una chiquilla amontonada en el grupo de niños atendió a su llamado—. Normalmente soy yo quién los pone, pero él fue quién te encontró, así que lo dejé hacerlo. Imagino que debes tener una historia muy interesante. Un joven que cruza el desierto rojo con heridas graves bajo una armadura quemada... ¿Qué clase de vida pudo tener? Al menos imagino que sabes tú verdadero nombre.

—Mi nombre... —Susurró él—. Mi nombre... —Apretó su cabeza y cerró sus ojos, y golpeó suavemente sus piernas una y otras vez sin dejar de susurrar—: mi nombre... mi nombre...

—Es mejor que no fuerces tu mente. —Eda puso sus manos sobre el hombro de él, y la calma logró invadirlo— Sino todo estallará y mi tiempo sanando tus heridas se desperdiciará en vano. —Él clavó sus ojos plomizos en el collar que pendía del cabello de ella.

La niña que atendió al llamado de Eda se posó ante ellos con un vaso de cristal repleto de un líquido verdoso. Una bata descolorida ocultaba todo su cuerpo y le llegaba hasta los pies descalzos. En ella, la marca "14458" resltaba solemne en rojo. Él arrugó la frente cuando esa palabra tallada en la tela mugrienta opacó sus pupilas. La chiquilla le dio el envase y volvió a unirse al semicírculo de pequeños.

—Bébelo. —Dijo Eda—. No es agua, pero es mejor que ella. Te aliviará el dolor y a la vez te alimentará. Necesitas descansar. —Descruzó los dedos—. Sabes, en ocasiones cuando venía a limpiar tus heridas y

cerciorarme de que aun vivías te escuchaba susurrar el nombre de una mujer. Parecía que se te desgarraba el alma al pronunciarlo. Conozco el dolor como las heridas abiertas conocen la sangre, y tu voz estaba sumergida en esa agonía que revienta al alma desde adentro. Lo más extraño de todo es que...

La puerta del camarote volvió a abrirse. Él miró a su dirección, y vio como la cólera del viento y la tormenta invadió el camarote y volvió a zarandar la manta que cubría a los niños. Una silueta varonil, situada en el umbral de la puerta, tomaba el pomo de ésta mientras su rostro buscaba a alguien en el camarote. Eda se levantó y caminó, y logró reconocer la voz de Grillo.

—¡Señora, faltan pocos nudos para arribar los canales! —Grillo dejó la puerta abierta y se retiró, desapareciendo entre los copos de agua que empujaba el viento.

Ella empezó a subir los escalones de madera, pero cuando sus pies estaban entre el quinto y sexto escalón, detuvo su caminar y se dirigió a él en voz alta.

—Quiero que te recuestes y descanses, Sinapellidos; por ahora solo necesitas recordar ese nombre. Hablaremos luego. —Retiró la cadena que sostenía su cabello en una cola, y la mojada melena castaña rebotó sobre sus hombros— ¡ah... y por cierto! Mi nombre es Eda.

Luego se retiró cerrando la puerta y llevándose con ella al viento frío y sudoroso que hostigaba al camarote.

—Mi nombre...—Balbuceó él.

Dejó el recipiente de cristal con el líquido verdoso en el suelo y se levantó de la cama, y avanzó hasta detenerse donde iniciaban a ascender los escalones. Los chamacos de lengua extraña lo miraban, como tratando de decirle que no subiera las escaleras. Pero él los ignoró y sus pies subieron uno a uno los peldaños.

## Capítulo 4

### **CANTO DE LOS GUARDA JURAMENTOS: II**

Cuando Sinapellidos abrió la puerta y salió a la superficie recibió el beso amargo del caos en sus ojos. Miró el cielo rojo que vomitaba una tormenta escarlata sobre él, y sintió como el viento golpeaba los ropajes anchos y curtidos que lo cubrían para intentar hacerlo planear como las gaviotas. Todo se sacudía, se movía; y los movimientos eran tan recargados que ni apretando las canillas logró impedir el áspero beso del piso. Se arrastró como las lombrices entre los hombres que gritaban maldiciones y al fin vio en proa a la mujer que lo había visitado en el camarote, aunque estaba acompañada de una masa gorda y de cabeza lampiña, y de una voz gruesa que hacía escuchar a los sordos.

Él decidió armarse del coraje suficiente para levantarse, y lo logró, estiró las piernas. Aunque su victoria duró hasta que el Dorado encabritó una ola y el resultado lo terminó llevando de un solo golpe a los pies de Eda, la cual entrecerró los ojos y frunció los labios en amargura.

—¡Te había dicho que descansarás, Sinapellidos! —Dijo Eda furiosa, mientras lo ayudaba a levantarse.

Él no respondió, solo vio asustado la obesa silueta de cabello extinto y su escalofriante cicatriz en forma de K. Retrocedió un poco pero no lo suficientemente rápido para evitar el manotazo en su espalda que tambaleó su cuerpo de lagartija.

—¡Sabía que en algún momento ibas a despertar! —El gordinflón sonrió de satisfacción—. Te lo dije Eda. Era cuestión de tiempo.

—Me lo recordarás después Mustafa. Primero debemos resolver otro asunto. —Eda dirigió su mirada al horizonte, donde la luz chispeante en la torre brillaba aún más intensa.

—Contempla la barrera de los Rastreros, Sinapellidos. —Mustafa apagó la voz—. El último obstáculo antes de llegar a Lirios.

Las pupilas de Sinapellidos brillaron como perlas al mirar aquella la luz hermosa que era una autentica ráfaga escalofriante. Sobre él y a pocos nudos, la Barrera yacía refulgente en el baricentro, ahí donde la torre crecía majestuosa e indestructible; aquel sistema complejo era una araña en medio del océano, con altísimas patas de piedra y acero que cercaban el paso del océano en sus cuatro puntos cardinales. Y entretanto el Dorado se aproximaba más a las patas de piedra y acero, Mustafa se

volvió a sus hombres y lanzó una orden que estremeció al mundo:

—¡Lancen la bengala roja y sigan el curso a estribor! ¡Que sepan que arribaremos en sus malditos canales! Abemos

La orden fue ejecutada, y Grillo, desde popa, descolgó la pistola de bengala en su cintura y disparó una luz rojiza desde que tintineó hasta lo alto dejando un rastro de humo. Más allá del caos y las olas que estremecían al Dorado, en las escaleras de torre empezó a haber movimiento. Y en la cima, detrás de la ventana arqueada donde todo era cálido y tranquilo, la pintura azul escarchada en los labios de un rostro afilado se estiró en una sonrisa macabra.

—Es mejor que te sujetes Sinapellidos. —Le sugirió Eda a Sinapellidos mirando las barandillas de la proa—. Si caes, no iré a rescatarte. — Él obedeció tambaleando.

El Dorado pisó el umbral de la barrera, y en un santiamén, algo comenzó a suceder en la entrada a las patas de piedra: el agua burbujeó. Aquello produjo asombro en Eda y desesperación en Mustafa, que no esperó ni un instante para volver a ordenar a sus hombres:

—¡Más carbón en los calderas! ¡Maldición, si no doblegamos la velocidad no habrá paso para el Dorado!

El barco apresuró su curso y logró entrar en el canal antes de que la barrera de piedra cerrara el paso detrás de él. Entonces la corriente los arrastró aguas abajo, y el Dorado adquirió tal velocidad que todos los tripulantes abrasaron el piso. Todos menos Eda, la cual empujada por los bruscos movimientos logró sostenerse junto a Sinapellidos en las barandillas. Frente a ellos se aproximaba un muro de metal que impedía el paso, y arriba de éste, la torre se alzaba majestuosa.

—¡Manténgase abajo! —Gritó Eda a su esposo y los hombres que estaban tirados sobre el suelo de caoba—. No te sueltes. —Le dijo a Sinapellidos, y éste respondió sacudiendo la cabeza.

Finalmente el Dorado chocó contra el muro en un espectáculo de vibraciones y sacudidas. Mustafa logró levantarse ayudado por Grillo y un montón de sus hombres, y todo pareció tranquilo por un momento. Sin embargo unas risas chillonas no permitieron que el silencio lo arropara todo; provenían de arriba, en los muros de los canales y al pie de la torre. Eda logró mirarlos, y Sinapellidos también. Eran los rastreros: hombres bien vestidos y de dientes bañados en oro, cuyas sonrisas brillaban como antorchas.

El barco seguía estático, flotando sobre las aguas, cautivo como los corales. Fue de imprevisto que el nivel de agua creció y elevó al Dorado a

la misma altura del muro. Se elevaron lo suficiente para ver por encima de la barrera, pero no para traspasarla. Lograron advertir que el paso continuaba debajo de la torre, ahí donde las tinieblas cuidaban sus dominios. De pronto los hombres de risas chillonas se lanzaron a cubierta empuñando espadas; eran muchos, muchos, en grandes cantidades, aunque entre ellos sobresalía uno alto y apuesto, y de chaqueta de algas que desnudaba sus dorsales. Amarrado a su cintura, un látigo se enrollaba como una serpiente y se conectaba a un mango trenzado que aguardaba en un bolsillo. Su dentadura era de piraña, aunque mucho más filosa que las agujas; la usó para hablar cuando todos los hombres de Mustafa estaban acorralados.

—Parece que una linda morsa quedó atrapada en nuestra red. —Dijo, mirando a Mustafa, y sus hombres carcajearon como hienas.

—Trata de no soltarla, —Mustafa replicó sonriendo—, porque terminará arrancándote el trasero con los colmillos.

Las palabras de Mustafa terminaron por hacer reír a los rastros, pero el tipo de látigo en su cintura los hizo callar con solo mirarlos.

—Lamento interrumpir su viaje, pero no puedo permitirles el paso hasta que le den una buena paga al jefe. —El tipo del látigo sonreía entre dientes de aguja—. Les he de advertir que aquí en la barrera no toleramos a los tacaños.

—¡Basta de tonterías Ballena! —Eda se dirigió al hombre del látigo—. ¡Escupe los que tengas que escupir de una vez!

—Eda, solo trato de ser un buen Rastro y saludar. —Ballena besó amablemente la mano de Eda—. Pero veo que estás desesperada por ver a León, y no te quitaré tus deseos. Nada que quiera ver al jefe puede ser malo. —Ballena miró a Sinapellidos y éste se fijó en sus dientes afilados. Eda lo ocultó de Ballena y le hizo frente a sus dientes—. No saben cuánto ansío que él los reciba.

—Yo también estoy ansiosa por verlo. —Eda movió sus ojos hacia Mustafa.

—Excelente, pero algunos de mis rastros se quedarán aquí a cerciorarse de que no hagan alguna travesura. —Ballena asintió a sus hombres y estos obligaron a Eda y a Mustafa a moverse pinchándolos con sus espadas—. Es la costumbre. Si algo ocurre, su barco quedará reducido a migajas para los peces. —Las risas de hiena volvieron retumbar.

Eda vio a Sinapellidos; en sus ojos se reflejaba el brillo de la

preocupación.

—Vuelve al camarote, —le dijo Eda a Sinapellidos—, hablaremos cuando regrese.

—Me temo que él no hará tal cosa. —Un brillo macabro salpicó las palabras de Ballena—. Él también nos acompañará.

Y ya no hubo más nada que decir. Se los llevaron a fuerza de pinchazos y risas odiosas. Los hicieron saltar al muro derecho del canal, para luego hacerlos subir por las escaleras en espiral que daban a la punta de la torre. Ballena los guiaba, y ellos avanzaban obligados por la presión de las espadas pellizcando sus espaldas. Sinapellidos iba al final, subiendo los peldaños mientras temblaba las rodillas debido al vértigo que le mancillaba las tripas: desde la altura logró ver la barrera y sus patas de araña, y vio también el océano batiéndose contra ellas. Y el viento ahora le silbaba en las orejas, y la tormenta pellizcaba sus entrañas. Detuvo sus pies en el momento que llegaron a la luz que centellaba ininterrumpida, y se dejó caer sobre los escalones. Pero el rastrero que venía detrás de él le obsequió una patada para obligarlo a levantarse, y Sinapellidos respondió aullando el amargo dolor que galopó en su abdomen. No se levantó, así que el rastrero lo puso de pie con la ayuda de los golpes.

—Si no te mueves te arrojaré desde aquí. —Amenazó el rastrero, y Sinapellidos reunió el valor suficiente para mover los pies.

—Mi nombre... —Avanzó susurrando débilmente como los moluscos—. Mi nombre... mi nombre...

Y siguió mascullando hasta que llegaron a la cima y las escaleras terminaban en la entrada de una estancia caliente y tranquila, e iluminada, y de grandes ventanas arqueadas que permitían la vista a todos los lados del mundo. También había una cama adornada con sábanas de seda azul, y sillas azules, y un estante azul repleto de botellas de vino, y muchas más cosas de un azul agobiante. Pegados a las paredes de roca maciza, un centenar de rostros disecados enseñaban una sonrisa sin dientes y una mirada sin ojos. Brillaban en un aceite que olía a frambuesas. Acariciando una de esas mascararas permanecía León; ellos solo podían ver su espalda arropada con un jubón azul invadido por joyas relucientes y su cabello añil que daba hasta su cintura. No se volteó para darles la bienvenida, sino que se quedó ahí, inmóvil, cantando una melodía triste. Ballena se acercó a él e intentó llamar su atención:

—Mi señor, la morsa y su esposa, como usted lo ha pedido.

Pero León permaneció mirando aquel rostro y entonando aquella melodía capaz de desconsolar a los pulpos. Eda parecía reconocerla: la mujer del

capitán se adelantó entre los rastreros lo más que pudo, aunque no logró acercarse a León; las espadas que pellizcaron de repente todos los lados de su cuerpo se lo impidieron.

—¿La canción de los reyes? —Eda habló fríamente—. Pensé que solo te gustaban esas cosas del maquillaje.

—Querida, —León respondió sin mirarla; su voz parecía la de una mujer—, pero si es buen gusto lo que te permite destacar entre las alimañas.

Y con esa frase se mostró ante los presentes, sonriendo, y su sonrisa era un cofre de perlas. Una delicada aura lo rodeaba al mover sus extremidades. En los dedos brillaban anillos y pulseras, de una confección tan celestial que parecía adquirida de los mismísimos ángeles. Sacó de un bolsillo un lápiz labial azul y humedeció sus labios con él; éstos relucieron en escarchas celestes que entonaron una sonrisita de esas que rompen la cordura. Acercó sus pasos a Eda, que permanecía amenazada bajo la presión de los sables.

—Veo que los años están acabando con el poco buen humor que tienes. —Acarició sus mejillas delicadamente—. Vieja y amargada... pobre de ti querido —miró a Mustafa—, con el tiempo no podrás soportar algo así. —Las risas chillonas aparecieron taladrando los oídos.

—Así es como me gustan a mí. —Mustafa fue el que habló—. Deberías buscarte una para que sepas lo buenas que son, aunque a ti te gustan otras clases de compañías. —Aquello resultó en una sonrisa para los labios de Eda.

León no se ofendió, solo volvió a usar su labial para afinar el color azul en sus labios.

—Toda compañía es agradable para mí, querido. Pero absolutamente tu esposa me haría sacar arrugas, y no, nonono... odio las arrugas. Si fuera mi esposa, ya se la hubiera dado de merienda a los tiburones Ji, ji, ji, ji...

—O tu barriga ya estuviera repleta de puñaladas. —Eda interrumpió la irritable risa de León.

—Ves por qué te lo digo. —León acarició la cabellera mojada de Eda—. Las ancianas no están para las rabetas, ¿o quieres que tu corazón estalle en una de esas manías tuyas? Sabes que te estimo. —Encogió sus labios—. Tienes un rostro firme, intachable. —León acarició las mejillas de Eda. Ella trató zafar su rostro de él—. Esos son los que a mí me encantan, y me dolería echarlo a perder con la agonía de tu muerte. —León miró detrás de Eda, donde Sinapellidos veía el suelo y seguía susurrándole a la nada—. Querida, —León se acercó a su oído—, puedo preguntar ¿quién es el joven

apuesto detrás de ti? Se parece mucho a tu hijo Ilírion.

La rabia adormeció los sentidos de Eda y la llevó a zafarse de las manos de León.

—Él no tiene nada que ver en todo esto, León. Aparta tus garras.

—Le tienes mucho afecto, por lo que veo. —León miró a Mustafa—. ¿Qué me dices tú, querido? Estaría encantada si me lo obsequias.

—¡Olvídalo maldito enfermo! —Mustafa logró hablar lo suficientemente rápido antes de que el puñetazo de un rastrero tuerto se marcará en su mejilla derecha y fuera a parar al piso.

—Vamos, no hay necesidad de llegar a los golpes. Odio mirar esos moretones horribles que arruinan el cutis. —León se acercó al gordo—. Además, ya me has obsequiado a un hombre, aunque sin yo saberlo ¿o estoy equivocada? —Los rastros pusieron de pie al gordo para que estuviera cara a cara con León—. Odio los chismosos, y tú dejaste uno entre mis filas... uno que canta y canta en tus oídos.

El rastrero tuerto dio otra trompada a Mustafa, y los labios del capitán se enrojecieron de sangre.

—¡Dije que no más golpes en el rostro Bruno! —León golpeó el abdomen del tuerto que abofeteó a Mustafa. Luego se acercó al gordo, sacó una pañoleta de su bolsillo y le limpió los labios mal heridos—. Entonces mi estimada morsa... ¿Me dirás quién es la vieja cotorra que chilla mis secretos en tus oídos? —Volvió a guardar el pañuelo.

León se acercó a Sinapellidos y le regaló una encantadora mirada que olía a alacranes.

—No sé de qué... —Mustafá lanzó un escupitajo sangriento—... demonios me estás hablando.

—Dile la verdad Mustafa —Dijo Eda, irónica—. Dile que Contratamos a un chismoso para que nos revelara el secreto de su inmaculada belleza.

—Me alagas, querida. —León sacudió su larga cabellera azul—. Soy hermosa, pero no idiota.

—Me acabas de confirmar lo contrario. —Replicó Eda, segura de lo que decía—. Una niña de cinco años inventa mejores excusas que tú. Si quieres matarnos, hazlo de una vez. —Sugirió tranquila.

—Por favor, querida Eda. Debes entender que mi beso solo lo obtienen aquellos que se niegan a pagarme. —León masajeó las mejillas

Sinapellidos—. Los que tratan de hacerse los graciosos conmigo por otro lado... merecen un pequeño castigo. —León miró al tuerto—: Bruno, lleva a la morsa y su lindo amigo a las celdas. Puede que el agua los haga confesar.

Bruno afirmó rascando su único ojo, porque en la otra cuenca solo había un tumulto de piel semejante al pellejo viejo. La piel del tuerto era un alfilerero de carne y agujas. Las púas de hierro dorado brotaban de su rostro y brazos, y pecho, y eran más abundantes y afiladas que el pelaje de los erizos.

—No doblegarás nuestra conciencia, León. —Eda hablaba intranquila, entretanto las espadas se cernían más sobre ella—. Así que mejor cóbranos el pago y déjanos seguir nuestro viaje a Lirios en paz.

—Veremos cuánto dura la conciencia de este gordito y su lindo amigo. —León le dio la espalda a Eda solo para acariciar los amplios cachetes de Mustafa.

—Tranquila Eda. —Mustafa dijo sonriente—. ¡Los leones no doman a las morsas! —Luego el tuerto y los demás Rastreros lo arrastraron fuera de su vista junto a Sinapellidos.

—Ahórrate el tiempo y mátame primero a mí. —Eda sonrojó sus mejillas en odio—. Fui yo la que te abandonó. Es por mi egoísmo que tu vida es miserable. Anda... ¡qué esperas! Saca tus garritas y clávalas en mí.

—¿Matarte? Ji,ji,ji... no le haría eso a mi pobre hermanita. —Las risas de León acorralaron el aire—. Mereces divertirte, así que vendrás conmigo a ver un lindo espectáculo de pirotecnia. ¿Recuerdas? Como en los viejos tiempos.

## Capítulo 5

### **CANTO DE LOS GUARDAJURAMENTOS: III**

Sinapellidos bajó nuevamente las escaleras en espiral, esta vez con las manos atadas. Llovía y relampagueaba frente a él y Mustafa, y los rastreros que los escoltaban a su castigo; reían en pos de Bruno, el tuerto de las agujas que veía más que un murciélago en la oscuridad. Debajo de ellos y el brillo chispeante, las patas de araña apresaban al Dorado con sus barreras de roca y metal.

Entre el desesperar de la caminata, Sinapellidos notó que también había otro barco retenido a dos canales del navío de Mustafa. Pero algo inusual hacía notar la diferencia: en la cubierta únicamente habían niños, todos atados de manos y arrodillados como religiosas, y ni sus llantos agonizantes lograron concebir una pizca de compasión en los rastreros que les daban latigazos y les rasgaban la ropa solo para dejarlos como Dios los trajo al mundo. Mustafa también pareció percatarse de aquello, y ambos atrasaron sus pasos para compartir miradas azotadas por las palpitaciones del horror.

—¡Caminan muy lento! —Chilló Bruno, rascándose el lugar donde alguna vez tenía un ojo—. Y nunca me gustaron las tortugas.

—¿Qué tal si les damos un empujoncito? —Sugirió un rastrero de nariz aplastada.

—¡Tremenda idea! No por nada te dicen Sabio de lagartijas, Sabio de lagartijas. —Le dijo Bruno al de nariz aplastada— ¡Háganlos rodar!

—¡Rodar! —pidió a voces el ahora sabio de lagartijas, y los otros se le unieron al unísono— ¡Rodar! ¡Rodar!

Entonces Sinapellidos sintió el impulso en su espalda originado por las inescrupulosas manos de los rastreros, y rodó, y Mustafa rodó también, y los peldaños mohosos les acuchillaron las espaldas. Cayeron sin interrupción como rodillos aplastando una gigantesca masa de mármol filoso. Un alarido escapó de sus bocas cuando la caída rodante se detuvo, y la sangre se avivó en sus narices y sus huesos explotaron en un dolor más ardiente que la lava hirviendo.

—Les sugiero que se levanten. —Les dijo Bruno—. O también rodarán al agua.

—Les encanta divertirse. —Mustafa usó sus manos para erguir su espalda, pero seguía en el piso, junto a un Sinapellidos que acumulaba la fuerza para ponerse de pie—. La risa es buena antes de la muerte. —Enseñó los

dientes cuando la sonrisa vengativa torció sus labios—. Es la anécdota del payaso: todo es gracioso hasta que terminas asfixiándote con tu propia risa.

—Te sorprendería lo que puede hacer este circo. —Bruno le sonrió a Mustafa—. ¿Qué tal si pasamos a un acto más divertido? Sugiero el de la morsa con la boca cosida.

Bruno usó sus manos impolutas para sacar un par de agujas doradas de sus brazos. El único ojo pestañeó incandescente cuando las estremeció un poco para sacarlas. Estaban profundas, tanto que al retirarlas un río rojo y espeso se escurrió de los minúsculos agujeros de la piel donde alguna vez habían residido. Elevó las púas de hierro lo más que pudo para que el gordo contemplara el final de sus hablaturías irritantes.

—León solo los quiere en las celdas. —A sabio de Lagartijas no pareció gustarle la idea. Inesperadamente interpuso su nariz aplastada entre Mustafa y el tuerto.

—Eso sí que no es muy Sabio, Sabio de lagartijas. —Acotó Bruno. Las agujas en sus manos sangraban de ansiedad—. Desgraciadamente León los quiere vivos... aunque no lo escuché decir que no podíamos divertirnos con ellos. —Bruno hizo a un lado al de nariz de reptil.

—Se enfurecerá si haces esto. —Sabio de Lagartijas insistió, y el tuerto mordió su lengua con los dientes.

—Deja que el tuerto se divierta. —Intervino Mustafa. Había logrado levantarse. Sinapellidos por otro lado, continuaba aguantando en el piso las dolencias de la caída. Mustafa continuó hablando—: Imagino que sufrí mucho cuando León le desgarró el ojo... y no estoy hablando del que le hace falta.

Bruno se acercó bastante a Mustafa, casi rosó su nariz con la de él. Y entonces el rastrero tuerto le dio un puñetazo al capitán, y el gordo tambaleó hacia atrás y chocó como una bola de grasa contra la piedra negra que fortificaba la torre. La usó para apoyar su espalda y así evitar caer al piso. A su lado había una garganta, un hoyo en el suelo. Escaleras conducían al interior sofocado por la luz de las linternas llameantes. Él permaneció aferrado a la pared mientras un hilo de sangre se deslizaba desde su nariz hasta su boca.

—La próxima vez espicharé tus ojos. —Advirtió Bruno. Enterró las agujas ensangrentadas nuevamente en sus brazos. Entonces vio a Sinapellidos y ordenó—: Levanten a ésta lombriz y traigan al gordo. —Se adelantó hasta la garganta, mientras sus hombres levantaban a Sinapellidos y lo empujaban para que avanzara—. Deben estar sedientos. Démosles un

poco de agua.

Las pupilas de Mustafa sucumbieron cuando el grupo entró en la garganta y la tormenta quedó atrás junto al aullido del viento. Después de bajar los peldaños las celdas se hicieron presente; un pasillo largo custodiado de jaulas solitarias, únicamente separadas por un pedacito de pared y una palanca erguida como el cuello de las jirafas. Bruno paralizó sus pies delante de una jaula estrecha, en cuyo piso brillaba el color carmesí de la sangre seca.

—Ésta es perfecta para ustedes dos. —Dijo, y su único ojo centelló dulcemente.

Los empujaron a la jaula igual de ancha que los peces diminutos, les cortaron la soga que ataba sus manos y esposaron sus pies a una piedra enorme. Los barrotes terminaron apresándolos en el momento que Sabio de Lagartijas cerró la celda.

—El agua está deliciosa. —Bruno se acercó lo suficiente a los barrotes—. Disfrútenla. —Aquello hizo que Mustafa se meciera al frente en un arrebató de furia. Pero los pies encadenados solo lograron que Bruno retrocediera sonriente.

Sabio de lagartijas aproximó sus achatadas manos a la palanca pegada a la pared, y la jaló soltando risas excitadas. Mustafa y Sinapellidos recibieron el efecto de aquella acción cuando el piso tembló y la canción de las cadenas descuartizó sus oídos. El suelo que ocupaban descendía, y poco a poco se llenaba de agua burbujeante. En la seguridad de la libertad, Bruno observaba el accionar del mecanismo junto a Sabio de lagartijas y los demás rastros.

—¡Disfruten del agua! —Dijo sabio de lagartijas entre risas.

Sinapellidos intentó zafarse de las cadenas que ataban sus pies a la piedra usando técnicas tan útiles como una celda sin cerrojos. Miró arriba, al espacio que se alejaba de él y Mustafa. El agua ya les llegaba a la cintura, y seguía creciendo a ritmo de caracoles. El capitán no mostraba preocupación alguna, únicamente lanzaba su vista al ahora lejano hoyo repleto de barrotes domado por el centellar de las linternas. Ya no lograba ver a los rastros, solo podía escuchar sus alborotadas risas.

—Mi nombre... —Susurró Sinapellidos de repente—. Mi nombre... mi nombre...

—Olvídate de tu maldito nombre. —Dijo Mustafa, sereno. El agua les daba por el pecho.

—No lo entiende... —Sinapellidos habló desesperado—. Mi nombre es lo que soy.

—Y yo soy un costal de grasa, una morsa furiosa y todo lo que al mundo se le ocurra decirme. Tengo un nombre, ¿crees que la mayoría se preocupa por pronunciarlo? ¡Por lo mil mares Sinapellidos! No hagas que mis oídos también se ahoguen con tus cantaletas.

El agua cubrió sus pechos y seguía ascendiendo, solemne y amenazante.

—¿Moriremos? —Sinapellidos preguntó convencido.

—Si tienes branquias es probable que sobrevivas. —El capitán decidió recurrir a su palabrería esperanzadora.

—Entonces sí moriremos. —Sinapellidos alzó el cuello, intentando que el agua no tapara su boca.

—Necesariamente no deben ser branquias de verdad. Las mías tienen vida y son bien lentas por desgracia, pero nunca me defraudan. —El capitán le regaló una sonrisa de confianza, aunque no duró mucho, pues el agua logró cubrirlos por completo.

Los rastreros miraron al fondo, más allá de los barrotes, ahí donde solo había agua y burbujas.

—Pronto se ahogarán. —La sonrisa de Sabio de lagartijas disminuyó, aun sostenía la palanca pegada a la pared.

—Paciencia, paciencia. —Bruno se alegró cuando notó que las burbujas que reventaban en el agua estaban casi extintas—. ¡Súbelos!

Sabio de Lagartijas subió la palanca y la celda volvió a elevarse; el agua retrocedió y el oxígeno volvió a penetrar en los pulmones. Mustafa regurgitó agua en el instante que la jaula volvió a su posición original, mientras que Sinapellidos era atacado sin clemencia por la asfixia y la tos.

—León no tolera las mentiras. —Empezó Bruno—. Yo las amo... pero lamentablemente no soy el que manda aquí.

—No... —Mustafa exasperó su odio—. Solo eres un lame culo.

Bruno apretó sus puños. No parecía gustarle lo que devolvía la lengua del gordo.

—Es mejor que nos digas quién es el traidor, capitán, —Sabio de lagartijas miró la palanca que sostenía—, aunque si no quieres no me importa. Me

divierto mucho mirándolos tragar agua.

—Los rumores sí eran ciertos. —Mustafa logró hablar entre jadeos—. Los Rastreros tienen la misma inteligencia de los burros.

—¡Burro tu madre! —Se enfureció Sabio de lagartijas.

—Terminarás siendo el burro si no confiesas. —Amenazó Bruno—. ¿Quieres morir ahogado?

—No eres tan tonto como para matarme ni estúpido como para desobedecer a tu leoncito. —Aseveró Mustafa—. ¿Crees que un poco de agua soltará mi lengua? Es más seguro que el ojo que te hace falta aparezca milagrosamente antes de que eso pase.

—Bien. —Bruno aferró sus dedos a los barrotes—. Tú y tu novio tendrán más agua, mucho más de lo que necesita el desierto de Acropp para ser fértil; la suficiente para que termines siendo un lindo pez.

—Pasarás toda tu vida intentándolo, Brullo o cómo te llames, pero sé que me quieres muerto, sí, testificar mi muerte. Aunque la realidad es que no tienes las pelotas suficientes para hacerlo. Te comprendo, a mí tampoco me gusta que me traten como a las prostitutas.

—¡Yo hago lo que me plazca! —Indicó Bruno.

—Te place lamerle las pelotas a un León. —Aseguró Mustafa.

Bruno traspasó los barrotes de la jaula intentando llegar al cuello de Mustafa.

—Si sigues abriendo tu gorda boca te juro que...

—Servir a León es el honor más puro en la tierra. —Interrumpió Sabio de lagartijas a Bruno. Alzó su frente convencido.

—Ahora lamer pelotas es algo puro ipero qué mundo tan enfermo! —Las frases de Mustafa eran proporcionales a la vena hinchada en la frente de Bruno.

—¡Tú nunca lo sabrías Morsa! —Sabio de Lagartijas miró a Bruno, que permanecía frunciendo los dientes— Díselo Bruno. Aclararé a este gordo el honor que representa servirle a León.

—Si bruno... —exhortó Mustafa—, dímelo.

—¡Los Leones pueden irse al infierno! —Las palabras de Bruno esgrimieron una mueca en los ojos de los Rastreros—. Me cansé de este maldito

gordo. —Las pupilas de Bruno vibraban—. Ahora tragarán agua hasta que sus lindos pulmones revienten como globos.

—¿Qué dices? —Sabio de Lagartijas se sorprendió—. Esto no es lo que León quiere.

Bruno se acercó a Sabio de Lagartijas y le presionó la mandíbula con su mano derecha.

—¡Acabo de decir que al diablo con los leones! Lideraremos con él después.

—¡Eso si es ser un hombre! —Mustafa pareció alegrarse—. Jajaja ¡Vamos, demuestra que tienes pelotas de hierro!

—Espera Bruno, —Sabio de Lagartijas escondió la palanca usando su espalda—, no podemos hacer tal cosa...

Bruno le dio un fuerte empujón a Sabio de Lagartijas y se apoderó de la palanca. Los Rastreros restantes permanecían confundidos y petrificados como huesos de lombriz. Cuando Bruno intentó jalar la palanca...

—¿Se divierten y no me invitan? —Ballena interrumpió la acción de Bruno.

Ballena, el hombre del látigo y dientes de piraña, apareció de pronto para meterse en aquel embrollo. Sinapellidos percibió que el dientes afilados mostraba la misma sonrisa hipócrita con la que los había recibido momentos atrás; el tipo ayudó Sabio de Lagartijas a estirar sus piernas de pajarillo, y contempló sonriente la jaula donde Mustafa y Sinapellidos permanecían con las ropas inundadas.

—Ballena. —Habló aliviado Sabio de Lagartijas cuando estuvo de pie.

—Hubo mucho alboroto...—Ballena acarició el mango de su látigo—, innecesario tal vez.

—Lo que pasa es que... —Quiso explicar Sabio de Lagartijas.

—Lo que pasa es que Sabio de Lagartijas resbaló y cayó. —Interrumpió Bruno—. Y bueno, otro tiene que castigar a estos mentirosos.

—Bruno, siempre tan responsable. —Ballena dio una palmadita en el hombro derecho de Bruno—. Perfecto. Ahora seré yo el que los castigue.

—¿De qué demonios hablas? León me encomendó...

—León los necesita en el tercer canal. —Indicó Ballena—. Un barco está a punto de arribar, y la mayoría de los hombres ayudarán a León a encender los fuegos artificiales. Sabio de lagartijas, guía a Bruno y los demás hombres. Yo me encargaré de la morsa rebelde.

Sabio de lagartijas se puso al frente y los otros rastreros parecían estar de acuerdo con la orden de Ballena. Sin embargo Bruno seguía apretando la palanca, tanto que ésta estuvo a punto de partirse en su palma. Vio a Mustafa; el gordo sonreía de satisfacción.

—¿Desobedecerás al heredero de León? —Ballena se vio amenazante.

—¡Andando Bruno! —Ordenó Sabio de Lagartijas a Bruno—. Recuerda que a ti te encanta obedecer a los leones.

La mirada amenazante en los Rastreros y sus dedos en la empuñadura de sus sables le puyaron el sentido común a Bruno. Obedeció y soltó la palanca, amargado.

—Déjame algo de diversión. —Le susurró el tuerto a la Ballena cuando estuvieron cerca.

Luego el grupo desapareció de su vista, y el rastrero del látigo se acercó a la jaula. La picardía iluminaba lo encantador de su rostro.

—De modo que arrancarás mi trasero con tus colmillos. —Ballena hizo recordar a Mustafa.

—Puedo tragarme lo de morsa, pero eso de linda no va conmigo.

—Trato de ser un rastrero lo más que puedo. Eso fue lo que me pediste cuando metí mis narices en toda esta venganza tuya.

—Y lo has hecho de maravilla, lo lamentable es que terminaste sirviéndote al león en bandeja de plata. —El gordo carcajeó como los loros—. Demonios ¡Ya abre la maldita celda!

Ballena obedeció veloz delante de un Sinapellidos pasmado. Les desencadenó los pies de la roca y la libertad se izó en sus piernas.

—El tiempo no estará de nuestro lado. —Aseguró Ballena, intranquilo—. Es mejor que nos movamos con rapidez.

—¿Dónde está la doncella? —Quiso saber Mustafa.

—Para llegar a ella, debemos volver a bajar. Por aquí, rápido. —Ballena los guió a otra celda. Esta al contrario de las otras, tenía la palanca en la

pared derecha de su interior.

—¿Más agua? —Se molestó Mustafa—. ¡Desde ahora no la usaré ni para bañarme!

—Créeme, quedarás tan sorprendido como yo.

Ballena jaló la palanca desde adentro y el piso descendió. Cuando el movimiento se detuvo, estaban en otro lugar, uno más amplio y seco, rodeado de paredes traslucidas que dejaban pasar la visión del agua roja. La recamara, acobijada por el espeso manto de las telarañas, estaba toda repleta de aparatos metálicos con la misma forma de los mini dirigibles, y que crecían como rosas inquebrantables desde las brillantes baldosas. Sinapellidos recibió aquel espectáculo de imágenes anonadado, temblando como los pececillos de brillantes ojos dorados que lo veían más allá de los tabiques de cristal.

—Ésta es: la recamara de la doncella. —Ballena miró a un Mustafa que refulgía de asombro— ¿Impresionado?

—No tanto como lo estará el maldito León. —Respondió el capitán, sonriendo, y su sonrisa destilaba los más profundos deseos de venganza.

## Capítulo 6

### **CANTO DE LOS GUARDAJURAMENTOS: IV**

Los rostros disecados en las paredes internas de la torre de León parecían tener vida propia. Ahí, acoplados a la roca como trofeos de cacería, reflejaban una agonía oculta detrás de la felicidad forzada que revelaban sus labios: imploraban a ciegas el descanso eterno para sus almas en pena. Eda sintió que aquellas mascararas de piel humana le alborotaban los sentidos; los ojos vacíos parecían odiarla y los labios brillantes y sonrientes aparentemente le echaban la culpa por lo que le hicieron a los cuerpos donde alguna vez habitaron.

Pero había una en particular que a diferencia de las otras, causaba un horror único e inconfundible. Resaltaba sobre los demás, como un rostro reina, porque le pertenecía a una mujer de fisonomía macabra. León notó cómo su hermana temblaba al ver la cara de aspecto sombrío, pero siguió sin interrumpir su sesión de maquillaje. Se ruborizó las mejillas y usó el lápiz labial azul para darle brillo a su hocico. Los demás rastros seguían amenazando a Eda con las espadas, sonrientes.

—Sí querida, suelo tardar mucho maquillándome, pero no puedo salir por ahí como una loca. —León se excusó con una Eda que no le prestaba atención—. Soy muy cuidadosa con mi aspecto... creo que en eso me parezco a nuestra madre.

—Heredaste más que su compulsiva obsesión por la belleza. —El sudor de Eda, pausado como una llovizna ligera, goteaba sobre el suelo de mármol.

León disimuló compasión y secó el sudor de Eda con un pañuelo ensangrentado que sacó de su bolsillo. Ella miró el estante repleto de botellas de vino en un extremo, y se percató de que muchas estaban vacías.

—Eres una mujer fuerte, igual que ella lo fue. Pienso en eso cada vez que veo su cara. —León volvió a ver el pellejo de apariencia macabra, pero esta vez se acercó a él, y lo acarició delicadamente con sus dedos alargados—. Ningún rostro se compara al de ustedes, por eso hay que hacerles un honor especial. La belleza debe ser recordada para siempre, —miró el espacio vacío que esperaba impaciente un nuevo rostro— y te juró que la tuya también será conmemorada por los siglos de los siglos. —Los ojos del rastroso brillaron.

—¿Qué hay del de nuestro padre? —La voz de Eda centelló en los sentidos de León, se volvió a ella, sonriente. Ella repitió la pregunta alzando la

voz—: ¿iQué hay del de nuestro padre!?

—Se hace tarde, querida, y estoy impaciente por ver los fuegos...

—iTe hice una pregunta! ¿iQué hay del de nuestro padre!?

León hizo una señal y los rastreros le taparon la boca a Eda, aunque ella seguía repitiendo la misma pregunta que ya no era más que un montón de sonidos indescifrables.

—Ya perdimos mucho tiempo. —Un rastrero se acercó a él con una sombrilla y una navaja de acero azulado—. Apresuremos el paso antes de que arrecie la tormenta, —León tomó la navaja—, no quiero que mi cabello se eche a perder con esa agua roja.

El rastrero abrió la sombrilla y cubrió a León, iniciando la marcha en espiral descendente. Eda bajaba resguardada por los rastreros restantes aun con la boca tapada. La lluvia se aminoraba lentamente, pero los relámpagos blancos seguían iluminando los cielos repletos de nubes rojizas. El recorrido continuó acompañado de los silbidos de León, quien volvió a entonar amargamente la Canción de los Reyes mientras acariciaba la navaja de hoja azulada con una delicadeza infantil, como una niña que acaricia el cabello de su muñeca preferida. Eda miró con desespero la irritante actuación de su hermano cuando fue forzada a bajar los escalones. Reconoció el destino final al que iban a someter los pies cuando sus pupilas apretadas se fijaron en un barco revestido en bronce en cuya cubierta, un montón de infantes desnudos eran acariciados por el ardiente bezo de los látigos.

—Me encanta ese himno. —Dijo León, tras acabar con sus silbidos—. Aunque la mejor parte es esa que dice “olvidados yacen en sus tronos los reyes de la soledad, porque ahora se alza ante ellos la magnificencia del Valtar” Es una gran verdad. Todo en la vida amerita un cambio... así como las orugas. ¿Por qué conformarte con gusanos cuando puedes ver mariposas? —Resaltó León al llegar al pie de la torre; Eda lo miraba asqueada.

La torre era un cilindro custodiado en sus 360 grados por cuatro canales que nacían desde sus cimientos. Solo bastaba caminar alrededor de ella para avistar una a una las barreras penitenciarias. Ella miró al Dorado usando la consternación emanada por su conciencia, y mientras era obligada a caminar parecía poseída por los recuerdos lejanos de su vida pasada. Trató de desviar sus ojos del navío bañado en oro custodiado por rastreros, pero no pudo resistirse al inevitable magnetismo de la que aparentemente era una de sus más apreciadas posesiones. Quizás al mirarlo podía reducir el temor de perderlo para siempre. Allí en popa, apresado por los sables, estaba Grillo. El joven lloró cuando se fijó en una Eda que era empujada como las pordioseras. Algo lo acongojaba y le

desgarraba el alma desde las entrañas. No fue capaz de seguirla viendo, prefirió dirigir su visión al suelo de acero forjado.

La caminata terminó frente al barco fundido en bronce. Flotaba frente a ellos, apresado en un canal, mostrando a los niños en cuya piel desnuda habían quedado marcas sangrientas y profundas. Cuando León dio un paso al frente, el lugar, rodeado de cañones, se tornó silencioso. Dos rastreros de sombreros de pluma llevaron frente a él a una mujer temblorosa. Su rostro de tomate, entonado por las cicatrices del lamento, estaba envuelto en la desesperación. Sus labios abultados proliferaron una súplica más:

—Por favor León, destruye el barco si quieres, quémalo junto a mí, pero perdónales la vida. —La mujer se fue en llanto en el instante que miró a sus tripulantes profanados por la mano de los rastreros—. Pueden trabajar para ti... son solo niños que huyeron de la muerte, no les quites la esperanza de la vida. Por favor... —Su voz de hielo se quebró ante la sonrisa ardiente que León reflejaba— ¡Ten misericordia! son solo niños...

El líder de los rastreros vio a los niños. Estaban arrodillados, repartidos de popa a proa como dios los trajo al mundo, y bañados por la sangre que emanaban sus heridas. Ya no lloraban, ni se movían, únicamente sus ojos traslucidos irradiaban la amarga fragancia de la resignación a la muerte. El ojo crítico de León parecía despreciar lo que miraba. Suspiró amargamente, decepcionado por lo que le ofrecía la llorona. Eda, impaciente, miró una de las espadas de sus opresores. Desde su ángulo de posición era fácil arrebatarse un sable a uno de ellos y apuñalar a su hermano hasta borrarlo de la faz de la tierra. Solo bastaba un poco de confianza para poner a marchar el plan. Pero su alocada idea terminó cuando un rastrero se percató de sus intenciones y presionó una navaja contra su cuello.

—Ni se te ocurra. —Le susurró el rastrero lo suficientemente débil para que León no escuchara—. O beberás tu propia sangre. —El rastrero estrujó aún más fuerte su mano contra la boca de Eda.

León miró a la mujer llorosa, navaja en mano, y le habló sonriente.

—Elisa, es muy triste para mí desperdiciar tan elegantes rostros, pero me temo que no tengo otra opción. Si te doy otra oportunidad, otros pretenderán que también sea piadosa con ellos. —Vio a Eda—. Mis hombres me notificaron que no tienes como pagar tu pasaje, y no puedo romper la única regla que manejamos aquí: si no hay oro, no hay paso.

—Te pagaré al regresar de Lirios. —Dijo Elisa, desesperada—. Allá pagan muy bien por transportar a inmigrantes. Solo dame un chance, te juro

que...

— ¿Cuánto más debo perdonar tus impagos? —León sacó un pañuelo de su bolsillo y pulió la navaja azulada con él—. Tu negocio no funciona porque vas más allá de lo que permite la amabilidad. Alguien me dijo que mantienes una escuela para inmigrantes con tu paga. Yo no soy quien para decirte lo que puedes hacer con tu oro, pero nunca oses evadir las responsabilidades a costa de la clemencia, porque yo aborrezco la lástima.

La tormenta se aplacó por completo y atrás quedó la lluvia de escarlata. León apartó al Rastrero que lo cubría con el paraguas y se aproximó a Eda entre pasos delicados, y el rastrero que le tapaba la boca a su hermana le retiró la navaja del cuello.

—No quiero tu lástima, solo un poco de tu compasión. —Elisa no se dio por vencida.

—Uff, ¡Me acabas de dar una idea fantástica! —León aplaudió como una niña entusiasmada—. Soy poco compasiva, pero mi hermana... mi hermana es la mujer más piadosa que existe desde Holdran hasta Lirios. —Miró cara a cara a Eda—. Haremos algo hermanita, te daré la oportunidad de decidir. Si me dices que le perdone la vida se la perdonaré sin dudar, pero a cambio, tu rostro será mi trofeo y tu esposo y su lindo Dorado recibirán el castigo de Elisa en su lugar... o, si eliges ver los fuegos artificiales al igual que yo, te dejaré libre junto a toda tu tripulación por una última vez. —Se dirigió al rastrero que le tapaba el hocico a Eda—. Quítale la mano de la boca, quiero oír su decisión.

Eda respiró entre lágrimas silenciosas. Las esperanzas de Elisa se desvanecieron ante la mirada lánguida de Eda. Ésta última escuchó resignada el sonido de olas batiéndose contra los canales. Sintió, además, como el viento suave alaba algunos mechones de su mojada cabellera y masajeaba su rostro como las caricias que probablemente le daba su esposo en la calidez íntima de su habitación. Vio también el cielo repleto de nubes bañadas de ese peculiar color rubí y notó que un ave blanca lo cruzaba solemne. Pero su boca seguía silenciosa, cerrada, encadenada a los terribles efectos de la incertidumbre.

—Si no hablas, morirán las dos. —Advirtió León.

—Lo siento tanto Elisa... —Dijo Eda sin mirarla.

—Al menos mírame al decirlo. —Elisa hizo a un lado las lágrimas para endurecer sus cuerdas vocales—. ¡Míralos a ellos! —Vio a los niños arrodillados— ¡A los que verdaderamente estas condenando! —Luego las lágrimas volvieron—. Que egoísta eres... —repitió débilmente— que

egoísta eres.

—Aun no te he escuchado decir que la mate. —Dijo León, alzando su voz con humor.

—No lo diré. —Eda seguía sin mirar a nadie.

—Si no lo dices, pensaré que quieres que ambas mueran. —Insistió su hermano—. Dilo... dilo... ¡DÍLO!

—¡Quiero que mueran! —Eda soltó el llanto.

—Eso si es una elección. Lo ves Elisa, mi hermana es tan despiadada como yo. ¡Bajen el nivel del agua! —León ordenó a sus hombres.

El agua que hacia flotar al barco descendió, permitiendo que el canal que lo retenía enseñara sus paredes. Los gritos desgarradores de Elisa, por otro lado, aumentaron junto a la silenciosa indiferencia de Eda. Los rastreros se adelantaron para armar los cañones y más de uno soltó la risa, y aplaudió, y excitados se lamieron los labios. León entrecruzó uno de sus brazos con el de su hermana, y por un instante parecieron lindos hermanitos que contemplaban juntos la alegría y el desasosiego. La decisión de León, de por sí incuestionable, cambió el corazón de hierro de su hermana reemplazando sus válvulas con lo irrazonable, y llenando sus venas de inclemencia y del miedo incuestionable al sacrificio.

—¡Son solo niños León! —Las esperanzas de Elisa seguían sin pulverizarse—. Por Dios... ten misericordia. ¡Mátame a mí! ¡Mátame a mí!

—Se paciente Elisa. —León se aferraba a su hermana con cariño—. Tu alma aguerrida será recordada en mi sala de trofeos, donde permanecerá por los siglos de los siglos. Pero por ahora, tú también estás invitada a ver nuestro espectáculo de pirotecnia. Después de mi hermana, eres la anfitriona especial. ¿Que esperamos? ¡Iluminemos el océano rojo!

—No León, —Elisa se liberó de los rastreros con sombreros de pluma y se postró ante León. Sus ojos palpitaban tanto que estaban a punto de reventar—. Por favor no ¡Nooooo!

Y entonces los cañones fueron encendidos, detonando enormes esferas de todos los colores. Rojo y azul, verde y amarillo, eran solo algunos de los matices brillantes que envolvían las estrellas fugaces forjadas de plomo. El barco de bronce se llenó de un fuego multicolor que arrojó a los niños y los desapareció entre silbidos y explosiones. No se escuchó llanto o sufrimiento, todo fue tan rápido... las llamas achicharraron el acero y lo torcieron como tuercas, y todo culminó cuando una gran explosión arrojó

cenizas brillantes a todas las direcciones.

Fue tal el acenso de las llamas, que Grillo desde el Dorado logró verlo, y se lanzó al suelo pensando en la posible muerte de su jefa. Bruno y sabio de lagartijas también lo miraron boquiabiertos; aquel hermoso espectáculo de colores se adelantó al barco que Ballena había avistado y que seguía sin arribar. Parecía que el tuerto comenzaba a enojarse.

—No veo ningún barco. —Dijo sabio de Lagartijas, usando sus binoculares.

—Ese maldito Ballena nos tomó el pelo. —El fuego lejano iluminó las púas enterradas en la piel de Bruno el tuerto.

—Fueron órdenes de León, dudo que Ballena nos haya engañado. —Sabio de Lagartijas empezó a alejarse de Bruno—. Voy a ir a las celdas, traeré a Ballena.

—Iré yo, —Bruno lo tomó por un hombro y lo detuvo—. Así me divierto un poco torturando al gordo junto a él. —El tuerto de las agujas lo dejó atrás usando su macabra sonrisa.

Al otro extremo del tuerto y el sabio, Elisa se puso tiesa como una estatua mientras una nevada de fuego y metal se deslizó sobre la tierra; los últimos fragmentos de lo que alguna vez había sido un barco se hundieron en las profundidades del océano sangriento para nunca más volver a ser vistos.

—¿Hermoso cierto? —Dijo León a Eda. Elisa seguía tirada junto a él, congelada por el shock. Él se aproximó a ella con la navaja azulada y le levantó el rostro con cariño—. Hora de cumplir tu deseo.

—Espero que hayas disfrutado todo mi sufrimiento, —Elisa esbozó una sonrisa apática—, porque tarde o temprano, —Miró a Eda—, ella disfrutará el tuyo.

León no quiso decirle nada. Le dio un beso en la mejilla con más hipocresía que cariño, y le clavó la navaja azulada de un golpe en su pecho. La pobre mujer regurgitó un espeso líquido escarlata que burbujeó en su boca cuando cayó tendida en el piso. Los rastros de sombrero con plumas se acercaron y retiraron el filo del pecho inerte, la estiraron en el suelo como una sábana y la pusieron boca arriba. Uno sostuvo el rostro mientras el otro hincaba la navaja, dibujando una línea sangrienta alrededor. León volvió con su hermana, más amanerado que nunca, y ella le dedicó su odio.

—Ya sé, ya sé. —El líder de los rastros reviró los ojos—. Si quieres un trabajo bien hecho, hazlo tú misma. Pero ni loca ensuciaré mis uñas.

—León engarruñó las ñemas de los dedos para apreciar el esmalte brillante en sus uñas—. Sabes lo difícil que es mantenerlas en estas condiciones.

—Al menos debiste perdonar a los niños. —Eda quebró la voz.

—¿Y por qué no lo dijiste? Hay hermanita, hermanita, debes pensar muy bien antes de hablar. Te di a elegir, ella o tú, pero nunca mencioné a esas criaturas. Bueno, ya no hay nada que hacer. —Se dirigió a los rastreros que desmembraban el rostro de Elisa—: Preparen el rostro y llévenlo a la torre, yo le daré un buen lugar. —Tomó a Eda por un brazo—. Mientras tanto vayamos a ver a tu marido. Estoy ansiosa por decirle que su mujer revivió la costumbre de la familia.

## Capítulo 7

### **CANTO DE LOS GUARDAJUMAMENTOS: V**

La Recamara de la Doncella olía a ancianas sudorosas.

Mustafa deslizó su mano de bollo por uno de esos aparatos semejantes a los dirigibles que se replegaban por todo el recinto, y al retirarla inspeccionó conmovido la capa de polvo que se adhirió a su palma. Estrujó un poco de esa tierra entre sus dedos, conmovido, como si su mente estuviera perdida en el laberinto del recuerdo. Parecía feliz y a la vez preocupado en ese espacio abarrotado de aparatos metálicos de aspecto ovalado, conectados por cilindros plateados que apenas sobresalían del mármol.

Ballena, el hombre del látigo, procuró no perder el tiempo como su obeso amigo. Se dirigió a un tablero donde un montón de planos enrollaban miedosos la información dibujada en sus pliegues. Los estiró sobre el suelo y los revisó achicharrando el entrecejo. Sus dedos elegantes siguieron patrones y algoritmos, o formas y números, esbozados sobre la seda con una mejor exactitud que los jeroglíficos. Rascó su cabellera en un intento por atraer al recuerdo, pero al parecer seguía perdido en el berenjenal de la memoria. Miró aquí y allá, tronó las coyunturas, y mascó su lengua, mortificado. Su visión se fijó en los tabiques de cristal que aguantaban la presión del agua roja como el vino, y en las manoseadoras palmas de Mustafa que frotaban los aparatos de metal una y otra vez, y por último, se fijó en un Sinapellidos de lengua susurradora. El joven repetía la misma frase una y otra vez, sentado en algún lugar, abrazando sus rodillas mojadas.

—Mi nombre... —Decía con los ojos cerrados—. Mi nombre...

Pero no fue en la inquietante escena del joven suplicándole a la memoria algún indicio de su nombre lo que llamó la atención de Ballena. Fue más bien la enorme cerámica sobresaliente a las espaldas del amnésico la del bótelo ganador a un paseo gratis por el recuerdo. El hombre del látigo enseñó sus dientes filosos cuando ilustró una sonrisa satisfactoria.

—Sí, eso es. —Ballena reconoció la misma cerámica desnivelada del piso en los planos—. El punto de activación, si mi memoria no falla, debe estar en...

Movió un poco los dedos, siempre apuntando los planos, y vio unas puertas en el suelo, de metro y medio de diámetro, a solo cinco pasos de la diestra de Sinapellidos. Del lado contrario, y tomando como referencia al amnésico, había una manivela dorada. Mustafa se acercó persuadido por el alboroto de Ballena. Frunció el ceño cuando posó su precario

intelecto sobre aquel montón de garabatos trazados en la seda.

—Es difícil recordar estos tipos de planos cuando están escritos en algoritmos. —Le dijo Ballena ante su confusión—. Muchos sucumbieron a la demencia intentando descifrar los enigmas de los Sanoon. Ni los miraría si fuera tú, —Ballena permitió que una carcajada escapara de su boca—, esto no es para burros.

—¿Así es como haces feliz a León? —Mustafa sonrió— ¿Le dices algunas payasadas y luego te pegas a sus tetas?

—Yo me ahogaría en las tuyas... —Ballena volvió a carcajear.

—¡León disfrutará cortándolas si no mueves tu maldito trasero! —Se enojó Mustafa.

—En eso no te equivocas. Verás, necesitamos extraer la llave en el interior de estas puertas de acá, —Le mostró a Mustafa la referencia en los planos—, con ellas solo bastará un último paso más para activar el mecanismo.

—La Xong Yin no se equivocó contigo. —El capitán dio algunas palmadas a Ballena—. ¡Si eres un maldito sabelotodo!

—Me costó la vida descifrar el mecanismo, y mucho más al saber que fue diseñado por los Sanoon. —Ballena hablaba sin mirar al gordo, sus ojos eran seducidos por planos que inspeccionaba—. Desde que Eda me confió estos planos no he hecho más que estudiarlos. Fue difícil, muy difícil. —Miró a Laister—. Por poco quedo como tu amigo.

—Ese está más cuerdo que nunca, —Aclaró Mustafa—, solo quedó aturdido por ese golpe que tiene en la cabeza. Ahora por tu culpa empeoró, explícame algo: ¿por qué demonios nos hiciste traerlo?

—Porque lo necesitamos. Para abrir las puertas, alguien debe girar la manivela mientras otro hace descender esa cerámica desnivelada. Es un trabajo para tres, y tu amigo apareció como arte de magia. —Ballena colocó los planos nuevamente en el tablero y estiró los brazos—. Bien, manos a la obra.

Mustafa siguió a un Ballena de incesante caminar. Se posicionaron junto al amnésico, que los miró estupefacto. El capitán fue el que se dirigió a él:

—¡Párate de ahí muchacho! Necesito que me ayudes con algo.

Sinapellidos obedeció. El vendaje en su cabeza destilaba una mancha roja.

—Bien, —Habló Ballena—, Mustafa tu girarás la manivela, pero solo cuando tu amigo haya puesto su trasero sobre la cerámica de allá. Es todo, ¿alguna pregunta? —El flacucho y el gordinflón negaron la respuesta—. Perfecto. Entonces saquemos el cofre del tesoro.

Sinapellidos presionó la baldosa desnivelada con ambos pies mientras Mustafa usaba sus músculos flácidos para girar la manivela. La mancomunada cooperación hizo posible el retiro de las puertas de arco en el suelo, las cuales se abrieron como ventanas y permitieron el acenso giratorio de un cofre plateado. El mecanismo se trancó cuando Mustafa viró la manivela al máximo, bloqueando el descenso del cofre. Sinapellidos retrocedió al notar que la cerámica había quedado fija para siempre.

—Hace falta un paso más. —Ballena se acercó al cofre plateado.

—¿Cómo se abre esta cosa? —Mustafa intentó abrir el cofre, pero lo único que conquistaba era fatiga y cansancio.

—Déjale ese trabajo a los hombres. —Ballena apartó al gordo amigablemente.

Mustafa bufó como las langostas cuando se quitó del camino de Ballena. El hombre del látigo visibilizó las curvilíneas talladas en la plata reluciente; nacían de la parte superior, donde un candado con forma de araña brillaba inacabable. La cerradura era solo un hoyo diminuto, sin marca alguna de los bordes de una llave. Ballena mordió uno de sus pulgares con sus dientes de piraña apenas insinuando dolor. Mustafa contrajo la frente en el momento exacto en que la sangre brotó como una gota de lluvia.

—¿iQué demonios haces!? —Le preguntó Mustafa, desorientado.

—Intento abrir el cofre. —Ballena acercó su dedo sangrante al candado, y éste bebió la sangre, goloso.

El cerrojo de araña desbloqueó el cofre. A continuación, Ballena lo abrió lentamente, arropado por el incandescente brillo de la emoción. Dentro, solo había una "S" forjada en roca, tan cotidiana y simple que Mustafa murmuró entre dientes, decepcionado. Pero el hombre del látigo expresaba más regocijo que desconcierto. La tomó y la alzó, victorioso. Aquella cosa era pequeña, tanto que parecía una enana frente a los dedos meñiques de Ballena.

—¿Y ahora qué? —Quiso saber Mustafa.

—Ahora activaremos el mecanismo. —Respondió Ballena—. Por aquí.

—Indicó, marchando apresurado.

Sinapellidos no los siguió, prefirió la compañía incesante de la amnesia. Caminó susurrando sus plegarias hasta los tabiques de cristal, y la visión del agua roja más allá de la barrera invisible afloró resplandores agrios en su memoria. Al cerrar sus ojos vio fuego, mucho fuego, y gritos, y una mujer de espalda desnuda postrada en la cima de una montaña de cadáveres carbonizados. Estremeció el cuerpo cuando volvió en sí, y el sudor brotó por encima de la humedad del agua que lo cubría. Lejos de él, Mustafa y Ballena se detuvieron en lo que parecía ser el centro de la recamara. Todos los cilindros que conectaban los aparatos ovalados se interrumpían ahí, en un simple círculo en cuyo radio había una abertura con forma de S; El hombre del látigo introdujo la llave de aspecto dudoso, y ésta encajó a la perfección. Luego se retiró apresurado.

La recamara de la doncella pasó a ser la paila de los sismos cuando ballena incrustó la pieza sobrante. El polvo blanco los apresó sin clemencia, avivando la tos y la asfixia, pero solo por uno cuantos segundos que parecían eternos para un Mustafa nervioso. Pronto el lugar volvió a llenarse de tranquilidad, aunque Mustafa no compartía el mismo efecto.

—¿iPretendes Matarnos!? —Mustafa estremeció a Ballena.

—Vamos lloroncita. —Ballena rió amargamente—. No me digas que se te aflojó lo varonil con ese temblorcito.

—iAflojaré tus dientes si no me vuelves a advertir sobre una cosa así!  
—Dijo Mustafa, agitado.

—¿Por qué no dejas de quejarte y miras? —Ballena señaló al círculo donde había introducido la S de roca.

Al capitán se le aflojaron las tripas cuando siguió la dirección del hombre del látigo. El círculo se había erguido un poco, permitiendo la continua e ininterrumpida conexión entre los mini dirigibles. Mustafa se acercó un poco más, la S ya no estaba, en su lugar había un agujero profundo rodeado por múltiples símbolos con forma de cordero. Brillaban en colores cambiantes que tintineaban como estrellas, y se agrupaban para fortificar una frase que apuntaba directo al orificio. A pesar de aquella maravilla arquitectónica, Sinapellidos ni se dignó a mirar. Él prefería besar el imaginario espejo de la memoria.

—¿Qué dice ahí? —El color azul cubrió el rostro de Mustafa seguido por el rojo y el verde.

—Eso amigo mío, tendrá que respondértelo otra persona. —Ballena

acongojó los labios.

—¿¡Todo esto fue para nada!?! —Mustafa se enfureció.

—Yo no diría eso si fuera tú. —Ballena sonrió—. La Xong Yin puede ayudarte a descifrarlo.

—Eso implica dejar vivo al leoncito por más tiempo. ¡Quiero que explote hoy!

—Hay un problema en ese punto. —Indicó Ballena—. Las teorías del padre de Eda sobre la posible destrucción remota de este lugar son falsas. Lo comprobé al notar que todo el mecanismo se activa desde el interior de esta recámara. En pocas palabras, si León muere hoy, todos moriremos.

—¡Maldición! —Mustafa permitió que la ira lo doblegara—. La suerte no se cansa de patearme el culo.

—Si regresas a Lirios, puedes combinar este plan con el original. —Ballena se alejó de él y tomó uno de los planos que había dejado atrás—. Así solo comeremos león rostizado. En este plano está grabada esa misma inscripción. —Le cedió el plano a Mustafa, quien lo metió en su entrepierna—. Regresa a Lirios y habla con la Xong Yin, y mándale saludos de mi parte. Dile que pronto volveré con ella.

—¿Y si León descubre este lugar? —Mustafa se inquietó

—Pasa mucho tiempo en su torre maquillándose, solo baja para hacer sus porquerías. Nadie más que yo sabe de su ubicación. Por eso no te preocupes.

Sinapellidos seguía junto a las paredes cristalinas, perdido en otro mundo. Pero algo atrajo su visión y la alejó del pasado. Fragmentos de metal ardiente llovían debajo del agua como una nevada metálica. Sinapellidos pegó el rostro del vidrio y subió la cara, y miró desconcierto el espectáculo flameante en la superficie del agua. Se hizo a un lado como los cangrejos, proliferando temeroso:

—¿Qué demonios!?! —Preguntó a la nada, sin voltearse.

Ballena acompañó su perplejidad cuando miró los fragmentos de metal que eran estrellas fugaces en un cielo acuático. Mustafa también se sorprendió, y expresó su preocupación en un susurro casi imperceptible.

—Eda... —Dijo, con los ojos palpitantes.

—Debemos volver. —Ballena sudó mortificación—. León ya destruyó el

barco de Elisa... puede que vaya a las celdas y las encuentre vacías.

—¿Elisa? ¿El maldito León iba a destruir su barco? —Se sorprendió Mustafa.

—No hay tiempo y ella ya está muerta. —Resaltó Ballena—. Mejor salgamos de aquí.

El trio se apresuró a volver a la cabina para regresar a las celdas. Entraron con el corazón en la legua y los pulmones en la garganta. Ballena jaló la palanca y comenzaron a ascender, dejando atrás la recamara y con ella, las ilusiones vengativas de Mustafa.

Y aunque se movieron lo más rápido que pudieron, no lograron ganarle a la prisa de Bruno, que entró a las celdas y las encontró vacías. Su ojo sobrante se volvió rojo de venas, y estuvo a punto de reventar de ira. Apresuró los pasos, pues León debía saberlo, debía saber que Ballena era el traidor. Estuvo a punto de ir a decírselo cuando un látigo lo tomó por la cintura y puso a girar su cuerpo en los aires como un trompo. Impactó contra los barrotes de una celda y cayó al suelo, y los labios se le tornaron sangrientos. Fue en la calidez del piso que identificó a Mustafa, y al delgado de ropas anchas, y a un Ballena que blandía el látigo... dispuesto a seguir atacándolo.

## Capítulo 8

### **CANTO DE LOS GUARDAJURAMENTOS: VI**

—Maldito traidor. —Bruno lamió la sangre de sus labios. Se levantó del suelo, sonriente—. ¿Quién lo hubiera imaginado? Tú, el hombre de León. No sabes cuanta alegría me dará destriparte junto a tus lindas amigas.

—Vuelvan a la celda. —Ordenó Ballena a Mustafa y Sinapellidos—. Yo me encargo de él.

—No en mi guardia. —Bruno sacó varias púas de sus brazos, y las aventó con fuerza hacia el trio, aunque fue el cuerpo de Ballena fue el que las recibió todas.

—¡Ahora! —Repitió la orden Ballena a Mustafa mientras sus brazos recibían la sangre de las agujas doradas.

Mustafa apresuró su obeso cuerpo, pero Sinapellidos siguió pasmado, así que tuvo que arrastrarlo hasta la seguridad de la celda. El tuerto y la Ballena quedaron a solas, uno frente al otro, amenazantes.

—Todo este tiempo vacilando al León... —Esgrimió el tuerto con hipocresía— ¿Cómo reaccionará cuando le diga? Lo bueno es que seré yo el que te mataré.

—Eso lo dudo.

—Mis niñas ansían probar tu sangre. —Bruno miró los alfileres enterrados en sus brazos—. Llevan tiempo sin comer, y tú caíste como milagro del cielo. Cenaremos Ballena y de postre la morsa más gorda sobre la faz de la tierra.

—¡Ya cierra tu maldita boca! —Ballena atacó, pero el tuerto esquivó el latigazo.

—Estás deseoso de morir, bueno, yo también anhelo matarte.

Bruno arrancó más púas de sus Brazos y las aventó a Ballena, el cual únicamente se tapaba el rostro con los brazos. No lograba ver nada, solo percibía el dolor ardiente de las agujas al enterrarse en la piel de sus extremidades. Cuando la ráfaga filosa se detuvo y por fin pudo descubrir sus ojos, Bruno estaba delante de él. El tuerto lo mandó contra una celda golpeándole el rostro con sus puños afilados. Luego lo levantó por la cabeza y estuvo a punto de enterrarle sus agujas en el cuello, sin embargo Ballena pateó su entrepierna sin clemencia y el pobre tuerto lo

soltó para tomar el aire.

Fue una oportunidad que Ballena no desperdició, pues blandió el látigo sin vacilo y el cuero se incrustó en una de las rodillas de Bruno para arrojarlo contra la celda de la derecha, y luego contra la de la izquierda, y nuevamente contra la de la derecha... golpe tras golpe, latigazo tras latigazo, el tuerto parecía una pelota sangrienta de pingpong. Ballena se acercó en el momento en que Bruno yacía inmóvil en el piso mojado por la sangre, y se dispuso a dar el golpe final no sin antes decir:

—Saluda a la muerte de mi parte. —Alzó el látigo.

—¡Veremos quien la saluda primero! —Bruno revivió de sorpresa y clavó algunas agujas que ocultaba en sus manos en las piernas de Ballena.

El hombre del látigo bufó y el tuerto aprovechó el descuido para seguir enterrándole agujas en las piernas, y en los brazos, y en el estómago, y siguió haciéndolo entre carcajadas hasta que una masa gorda lo aplastó contra la pared. Quedó desequilibrado tras el golpe, pero sus pupilas borrosas reconocieron a Mustafa. Sin embargo el tuerto parecía tener más vida que un gato. Se abalanzó sobre el gordo usando su furia descomunal. Mustafa respondió bien al ataque mortal de Bruno, pero no evitó el desequilibrio en sus pies. Cayó, y el tuerto cayó sobre él; tenía más fuerza que nunca, y la usaba en sus manos armadas con púas. El capitán evitaba que las saetillas de Bruno llegaran a sus ojos, aunque sin impedir que se enterraran en sus manos gigantescas.

—Disfrutaré bebiendo de la cueca de tus ojos. —Amenazó Bruno, su sangre empapaba el rostro de Mustafa.

Sinapellidos se asomó de reojo en el umbral de su celda, y lo que visibilizó no fue de su agrado. En el suelo Ballena combatía contra sus dolencias para ponerse de pie, mientras que los pulmones congestionados del gordo impedían el desmembramiento de sus ojos. Sin duda era una locura lo que ocurría a las afueras de aquella estancia, una demencia mortal de la cual Sinapellidos prefirió alejarse. Volvió al interior y empezó a temblar, y su lengua volvió a esgrimir la misma frase agobiante:

—Mi nombre... —Dijo mientras se sentaba y se aferraba a sus rodillas—... mi nombre...

De lo que ninguno se percataba era de lo cuán cerca estaba León de ellos. Se aproximaba aferrado a su hermana, mientras un montón de rastros lo seguían. Eda miró de lejos la garganta en el piso que guiaba a las celdas, nerviosa. Sabio de lagartijas también estaba con ellos, al parecer no había persuadido el beneficio de la duda.

—Tu esposo se alegrará cuando sepa que gracias a tu misericordia, podrán vivir un poco más. —Dijo León a Eda, feliz como las lombrices—. Ya quiero ver la expresión de sus ojos. —Destacó cuando estaban a punto de penetrar en la garganta.

—Júrame por el honor de nuestro padre que cumplirás con tu palabra.  
—Eda se detuvo de repente, y con ella León y sus rastreros.

—Al único que se le jura es a Dios. —León guiñó el ojo.

—¡Júramelo! —Insistió Eda.

—Hermanita, Hermanita. —León suspiró—. No es el momento adecuado para empezar tus cantaletas. —Forzó a Eda a seguir con la caminata—. Vamos, tu esposo debe estar deseando mirar ese lindo rostro tuyo.

Aunque lo único que avistaba Mustafa en las celdas eran las agujas de Bruno acercándose más y más a sus pupilas dilatadas. El gordo ya no podía resistirse al dolor del acero pellizcando sus manos. Entonces, cuando el tuerto se dispuso a dar el golpe final, el látigo de Ballena blandió sorpresivamente en el aire y dio con precisión en el único ojo que le quedaba. El ahora ciego de por vida se levantó y gritó, y se revolcó por el piso mientras expulsaba lágrimas sangrientas. Un Ballena herido ayudó a Mustafa a ponerse de pie; lo elegante de su rostro fue sustituido por el abultado de la hinchazón.

—Re-regresa a la celda. —Le dijo al gordo, jadeando, y éste obedeció adolorido.

—¡Maldito!—Bruno quebró la voz. Se levantó y merodeó a ciegas, ya no podía ver nada, solo una profunda oscuridad—. ¡Te mandaré al infierno!

Ballena Blandió el látigo una última vez. El cuello de Bruno giró como una pelota, y aliento de vida se esfumó de sus pulmones. Ballena estremeció su cuerpo repleto de agujas y mini hoyos sangrantes, y sus rodillas perdieron fuerza. Se sentó sobre su sangre, o la de Mustafa, o la de Bruno... no hubo tiempo para pensar en nada, solo para ver el rostro de León y del montón de hombres que lo acompañaban. El líder de los rastreros entró a las celdas llamando a Mustafa, alegre, pero borró la sonrisa de sus labios azulados y compartió la perplejidad junto a Eda.

—Encontré al traidor. —Habló adolorido Ballena, mientras señalaba el cuerpo inerte de Bruno.

## Capítulo 9

### **CANTO DE LOS GUARDAJURAMENTOS: VII**

—Maldito traidor. —Bruno lamió la sangre de sus labios. Se levantó del suelo, sonriente—. ¿Quién lo hubiera imaginado? Tú, el hombre de León. No sabes cuanta alegría me dará destriparte junto a tus lindas amigas.

—Vuelvan a la celda. —Ordenó Ballena a Mustafa y Sinapellidos—. Yo me encargo de él.

—No en mi guardia. —Bruno sacó varias púas de sus brazos, y las aventó con fuerza hacia el trio, aunque fue el cuerpo de Ballena fue el que las recibió todas.

—¡Ahora! —Repitió la orden Ballena a Mustafa mientras sus brazos recibían la sangre de las agujas doradas.

Mustafa apresuró su obeso cuerpo, pero Sinapellidos siguió pasmado, así que tuvo que arrastrarlo hasta la seguridad de la celda. El tuerto y la Ballena quedaron a solas, uno frente al otro, amenazantes.

—Todo este tiempo vacilando al León... —Esgrimió el tuerto con hipocresía— ¿Cómo reaccionará cuando le diga? Lo bueno es que seré yo el que te mataré.

—Eso lo dudo.

—Mis niñas ansían probar tu sangre. —Bruno miró los alfileres enterrados en sus brazos—. Llevan tiempo sin comer, y tú caíste como milagro del cielo. Cenaremos Ballena y de postre la morsa más gorda sobre la faz de la tierra.

—¡Ya cierra tu maldita boca! —Ballena atacó, pero el tuerto esquivó el latigazo.

—Estás deseoso de morir, bueno, yo también anhelo matarte.

Bruno arrancó más púas de sus Brazos y las aventó a Ballena, el cual únicamente se tapaba el rostro con los brazos. No lograba ver nada, solo percibía el dolor ardiente de las agujas al enterrarse en la piel de sus extremidades. Cuando la ráfaga filosa se detuvo y por fin pudo descubrir sus ojos, Bruno estaba delante de él. El tuerto lo mandó contra una celda golpeándole el rostro con sus puños afilados. Luego lo levantó por la cabeza y estuvo a punto de enterrarle sus agujas en el cuello, sin embargo Ballena pateó su entrepierna sin clemencia y el pobre tuerto lo

soltó para tomar el aire.

Fue una oportunidad que Ballena no desperdició, pues blandió el látigo sin vacilo y el cuero se incrustó en una de las rodillas de Bruno para arrojarlo contra la celda de la derecha, y luego contra la de la izquierda, y nuevamente contra la de la derecha... golpe tras golpe, latigazo tras latigazo, el tuerto parecía una pelota sangrienta de pingpong. Ballena se acercó en el momento en que Bruno yacía inmóvil en el piso mojado por la sangre, y se dispuso a dar el golpe final no sin antes decir:

—Saluda a la muerte de mi parte. —Alzó el látigo.

—¡Veremos quien la saluda primero! —Bruno revivió de sorpresa y clavó algunas agujas que ocultaba en sus manos en las piernas de Ballena.

El hombre del látigo bufó y el tuerto aprovechó el descuido para seguir enterrándole agujas en las piernas, y en los brazos, y en el estómago, y siguió haciéndolo entre carcajadas hasta que una masa gorda lo aplastó contra la pared. Quedó desequilibrado tras el golpe, pero sus pupilas borrosas reconocieron a Mustafa. Sin embargo el tuerto parecía tener más vida que un gato. Se abalanzó sobre el gordo usando su furia descomunal. Mustafa respondió bien al ataque mortal de Bruno, pero no evitó el desequilibrio en sus pies. Cayó, y el tuerto cayó sobre él; tenía más fuerza que nunca, y la usaba en sus manos armadas con púas. El capitán evitaba que las saetillas de Bruno llegaran a sus ojos, aunque sin impedir que se enterraran en sus manos gigantescas.

—Disfrutaré bebiendo de la cueca de tus ojos. —Amenazó Bruno, su sangre empapaba el rostro de Mustafa.

Sinapellidos se asomó de reojo en el umbral de su celda, y lo que visibilizó no fue de su agrado. En el suelo Ballena combatía contra sus dolencias para ponerse de pie, mientras que los pulmones congestionados del gordo impedían el desmembramiento de sus ojos. Sin duda era una locura lo que ocurría a las afueras de aquella estancia, una demencia mortal de la cual Sinapellidos prefirió alejarse. Volvió al interior y empezó a temblar, y su lengua volvió a esgrimir la misma frase agobiante:

—Mi nombre... —Dijo mientras se sentaba y se aferraba a sus rodillas—... mi nombre...

De lo que ninguno se percataba era de lo cuán cerca estaba León de ellos. Se aproximaba aferrado a su hermana, mientras un montón de rastros lo seguían. Eda miró de lejos la garganta en el piso que guiaba a las celdas, nerviosa. Sabio de lagartijas también estaba con ellos, al parecer no había persuadido el beneficio de la duda.

—Tu esposo se alegrará cuando sepa que gracias a tu misericordia, podrán vivir un poco más. —Dijo León a Eda, feliz como las lombrices—. Ya quiero ver la expresión de sus ojos. —Destacó cuando estaban a punto de penetrar en la garganta.

—Júrame por el honor de nuestro padre que cumplirás con tu palabra.  
—Eda se detuvo de repente, y con ella León y sus rastreros.

—Al único que se le jura es a Dios. —León guiñó el ojo.

—¡Júramelo! —Insistió Eda.

—Hermanita, Hermanita. —León suspiró—. No es el momento adecuado para empezar tus cantaletas. —Forzó a Eda a seguir con la caminata—. Vamos, tu esposo debe estar deseando mirar ese lindo rostro tuyo.

Aunque lo único que avistaba Mustafa en las celdas eran las agujas de Bruno acercándose más y más a sus pupilas dilatadas. El gordo ya no podía resistirse al dolor del acero pellizcando sus manos. Entonces, cuando el tuerto se dispuso a dar el golpe final, el látigo de Ballena blandió sorpresivamente en el aire y dio con precisión en el único ojo que le quedaba. El ahora ciego de por vida se levantó y gritó, y se revolcó por el piso mientras expulsaba lágrimas sangrientas. Un Ballena herido ayudó a Mustafa a ponerse de pie; lo elegante de su rostro fue sustituido por el abultado de la hinchazón.

—Re-regresa a la celda. —Le dijo al gordo, jadeando, y éste obedeció adolorido.

—¡Maldito!—Bruno quebró la voz. Se levantó y merodeó a ciegas, ya no podía ver nada, solo una profunda oscuridad—. ¡Te mandaré al infierno!

Ballena Blandió el látigo una última vez. El cuello de Bruno giró como una pelota, y aliento de vida se esfumó de sus pulmones. Ballena estremeció su cuerpo repleto de agujas y mini hoyos sangrantes, y sus rodillas perdieron fuerza. Se sentó sobre su sangre, o la de Mustafa, o la de Bruno... no hubo tiempo para pensar en nada, solo para ver el rostro de León y del montón de hombres que lo acompañaban. El líder de los rastreros entró a las celdas llamando a Mustafa, alegre, pero borró la sonrisa de sus labios azulados y compartió la perplejidad junto a Eda.

—Encontré al traidor. —Habló adolorido Ballena, mientras señalaba el cuerpo inerte de Bruno.

## Capítulo 10

### **CANTO DE LOS GUARDAJURAMENTOS: VIII**

El Dorado aceleraba su curso sobre las aguas tranquilas. En el cielo nocturno, puntos titilantes brillaban como escarchas. Sinapellidos logró contemplarlos en el reflejo de sus ojos, ahí en popa, acompañado por la dulce melodía de la calma. Eda se percató del muchacho y de lo lejos que parecía estar su pensamiento, evitando, desde luego, la grotesca voz de su esposo. El gordo carcajeaba con alguno de sus hombres, compartiendo chistes ebrios y haciendo una que otra bufonada. Ella había tomado el mando, aunque sus órdenes eran atendidas por unos pocos hombres negados a entregarse al sueño y el descanso. Grillo resaltaba entre ellos, apresurado por buscarle los jarrones llenos de cerveza a Mustafa.

—Bebe un poco mujer. —Mustafa se acercó y ofreció su jarra de cerveza a Eda. Pero ella la negó, amargada.

—Debiste dejar a tus hombres trabajando. Mandaste a descansar a la mayoría y ahora el Dorado ralentiza su curso. —Eda no retiraba la vista de un Sinapellidos que veía las estrellas—. A este paso, tardaremos seis meses para desembarcar en Lirios.

—Fue sugerencia del pendejo de Grillo. No sé ni por qué lo escucho. Pero tú tranquila, hoy descansan, mañana trabajarán el doble. —El gordo se tambaleaba.

—Tú también deberías unirteles. Si amaneces borracho, el descanso se prolongará por dos días.

—Mi linda mujer, —Mustafa abrazó a su esposa y le dio un beso en la mejilla que más bien fue un golpe—, te aseguro que en dos meses estaremos en Lirios, descifrando esos malditos planos. —Vio a todos lados— ¿Dónde está Grillo? Ese idiota empieza a enojarme con su culo lento. ¿iDos horas para traer una cerveza!?

Eda dejó a su esposo peleándole a la nada; detrás de él los hombres que lo acompañaban en sus chistes yacían dormidos sobre cobijas de vomito. La mujer del capitán se acercó a Sinapellidos, y suspiró cuando compartió el cielo estrellado junto a él.

—Te aburres de él cuando te acostumbras a verlo. —Le dijo, mirando las constelaciones resplandecientes.

—No si vez en él más que un montón de estrellas. —Sinapellidos no retiró

la vista del cielo.

—Difícilmente verás algo más que eso. Las Xong suelen decirles “rompe tiempos” porque según ellas su luz es capaz de viajar en el tiempo y perdurar mucho más que la fuente que la produce. Ellas siguen asegurándolo y yo, sigo sin entender lo que significa.

Sinapellidos esbozó una sonrisa débil que Eda replicó. Aparte de ellos, solo Mustafa se encontraba en cubierta, regañando al viento por la cerveza que no terminaban de llegar.

—¡Grillo! —Repetía Mustafa, furioso—. ¿iDónde demonios te metiste con mi cerveza!?

—Parece que a su esposo le urge esa cerveza. —Dijo Sinapellidos mirando al gordo.

—Desde que tengo memoria siempre le han urgido. Mi hijo también era como él... —Los ojos de Eda brillaron—... igual de impertinente que su padre.

—Todo el asunto de los Rastreros... ¿fue por él? —Preguntó Sinapellidos, con una chispa en sus ojos.

—Fue por mí. —Respondió Eda, apagando la voz—. León solo es el resultado de mi egoísmo. Nunca debí abandonarlo, y no me perdonaré jamás el permitir que mi madre destruyera el alma del chico que alguna vez pedía por una canción para conciliar el sueño. —Las manos de Eda se transformaron en puños de reproche—. Fui yo, Sinapellidos, la verdadera responsable de la muerte de mi hijo y de tantas almas más. El hecho de haberte rescatado de las garras de mi hermano solo me hace sentir más culpable... ¿Cuántas almas pude haber salvado y no lo hice?

—Estoy agradecido con usted y su esposo por haberme dado asilo y no entregarme a León. Si lo desean puedo trabajar con ustedes para recompensárselos.

—Lo dudo. —Eda miró a Mustafa, que seguía peleándole a la nada—. Mi esposo tiene planes para ti cuando arribemos a Lirios, solo que ahora está muy borracho como para contártelos. Una vez que desembarquemos te irás con los Ales y si tenemos suerte, formarás parte de sus filas.

—¿Ales? —las pupilas de Sinapellidos se expandieron.

—Son la fuerza militar de Lirios. Por suerte Mustafa tiene un contacto que podría ayudarnos, pero terminarás por enterarte cuando desembarquemos. Por ahora, necesito que me expliques ese cambio

repentino tuyo.... Dime, ¿al fin recordaste tu nombre?

Sinapellidos se dispuso a responder, pero la tosca voz de Mustafa no se lo permitió. El gordo se alteró al ver a Grillo con las manos vacías; detrás de él, dos hombres aguardaban.

—¡Por fin apareces! —Mustafa buscó la cerveza en las manos de Grillo—. ¡Donde demonios está mi cerveza!

Grillo respondió con lágrimas, y los hombres a sus espaldas blandieron sables.

—Lo siento mi señor, lo siento... —Grillo permitió que los hombres a sus espaldas atacaran al gordo.

Mustafa esquivó el golpe de uno, pero al hacerlo no pudo evitar que el sable del segundo se le clavara en una pierna. Eda reaccionó de inmediato y se abalanzó sobre el que hirió de gravedad al gordo, y forcejeó con él hasta enviar su sable justo a los pies de Sinapellidos. La mujer del capitán lanzó a su contrincante contra el suelo y apretó su cuello hasta dejarlo sin respiración. Su marido, sangrando en el suelo, recibió otra puñalada del otro atacante, esta vez en el abdomen; el capitán gritó cuando el acero penetró en su piel.

Eda corrió a auxiliarlo, pero el otro atacante la recibió rasguñando una de sus piernas con la espada. Fue en ese momento que Sinapellidos actuó y tomó por sorpresa al hombre y lo empujó tan fuerte con el peso de su cuerpo y sus puños que lo mandó al agua. Eda cojeó hasta llegar a su esposo y taparle la herida sangrante del abdomen con sus manos. Empezó a gritar intentando que alguien la escuchara y los ayudara mientras sus manos inundadas de rojo presionaban la lesión profunda. Sinapellidos la acompañó, espada en mano.

—Tenías razón con eso del dolor... —Mustafa hizo un esfuerzo para hablar—. El muy maldito sí que te mantiene despierto.

—Resiste...—el sudor recorría el rostro ensangrentado de Eda—, te llevaré al camarote y sanaré la herida.

—No trates de... —Mustafa se torció de dolor— alentarme. De esta noche no paso. Debes... —un segundo pinchazo reventó en la herida del gordo—. Debes prometerme que matarás al maldito de León.

—Prometo que lo mataremos juntos. —Aseguró Eda.

—Ni muriendo puedo contradecirte. —Mustafa esbozó una sonrisa

sangrienta.

—Grillo. —Recordó Eda—. ¿iDónde está Grillo!?

Sinapellidos lo buscó, alerta. La palma de Grillo tomó un sable tirado en el suelo, temblando. Corrió apresurado, directo a Eda. Sinapellidos puso fin a sus intenciones cuando ambas armas se encontraron. El alboroto produjo que los hombres entregados al descanso se hicieran presentes y auxiliaran al gordo. Entretanto Sinapellidos esquivaba los torpes movimientos de Grillo y Grillo los torpes movimientos de Sinapellidos. Parecían dos niñas peleándose por un dulce. Fue Eda la que puso fin a todo, tomando a Grillo por el cabello y lanzándolo al piso. El muchacho suplicó, pero no pudo doblegar a una Eda ansiosa por hacerlo pagar. Le torció el cuello con facilidad y volvió con Mustafa, quien estaba siendo cargado por un montón de hombres.

—Llévenlo al camarote. —Les ordenó, desesperada, y luego se volvió hacia Sinapellidos—. Te debo una, Sinapellidos. —Se apresuró a seguir a los hombres que cargaban al gordo.

—Laister. —Dijo Sinapellidos, seguro, y Eda se detuvo por un momento—. Mi nombre es Laister.

# Capítulo 11

***Capítulo II:***

***Alas de Dragón***

## Capítulo 12

***¿Te ha gustado la historia?***

***¿Quieres que se siga publicando?***

***¡Entonces no dudes en votar y comentar!***

***Ello es importante para las próximas publicaciones de esta obra.***